

# MIGRACIONES

CUENTOS DE IDA Y VUELTA



libros



# MIGRACIONES

C U E N T O S D E I D A Y V U E L T A



HOJA POR HOJA  
l i b r o s

Armado, tapa y edición digital en pdf y ePub:

TXT Comunicación

*txtcomunicacion@gmail.com*

*hojaporhoja@gmail.com*

Imagen de tapa: Dall-E



*Migraciones / Cuentos de ida y vuelta. Buenos Aires, 2025.*

*Los derechos de cada cuento pertenecen a sus respectivos autores: Andrea Itúrburu Calderón, Marcos Sebastián Núñez, Barbarella D’Acevedo, Diana Andrade, María Laura Mosqueira, Daniel Castelo, Fernanda Rodríguez Briz, Elena Cienfuegos, Mirta Leonor Rodríguez, Alberto D. Martínez, Antonio Ciancio, Ignacio Arellano, Martín Ernesto Troncoso, Héctor Daniel Olivera Campos, Sergio Daniel Rodríguez.*

*Edición a cargo de Florencia Agrasar, Graciela Cutuli, Mabel Fuzzi, Victoria Rossi y Teresa Teramo.*

*Licencia CC de Atribución No Comercial, Sin Derivados 4.0 International. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>*

# MIGRACIONES

## CUENTOS DE IDA Y VUELTA

Andrea Itúrburu Calderón - Marcos Sebastián Núñez

Barbarella D'Acevedo - Diana Andrade

María Laura Mosqueira - Daniel Castelo

Fernanda Rodríguez Briz - Elena Cienfuegos

Mirta Leonor Rodríguez - Alberto D. Martínez

Antonio Ciancio - Ignacio Arellano - Martín Ernesto Troncoso

Héctor Daniel Olivera Campos - Sergio Daniel Rodríguez



HOJA POR HOJA

l i b r o s



## Índice

<b>Goteras</b> <i>Andrea Itúrburu Calderón</i>	11
<b>Lazos</b> <i>Marcos Sebastián Núñez</i>	18
<b>Blanco y azul</b> <i>Barbarella D'Acevedo</i>	23
<b>Un colombiano suelto en Buenos Aires</b> <i>Diana Andrade</i>	34
<b>Edificio 13, Unidad 2</b> <i>María Laura Mosqueira</i>	39
<b>Comida típica de mi país</b> <i>Daniel Castelo</i>	47
<b>Juani de barro, Juani de colores</b> <i>Fernanda Rodríguez Briz</i>	53
<b>La Argentina</b> <i>Elena Cienfuegos</i>	60
<b>Migas de pan</b> <i>Mirta Leonor Rodríguez</i>	63
<b>El camino de Santiago</b> <i>Alberto D. Martínez</i>	67
<b>Lita y los olivos</b> <i>Antonio Ciancio</i>	73
<b>Certificado de matrimonio</b> <i>Ignacio Arellano</i>	76
<b>Imagina un mundo con fronteras</b> <i>Martín Ernesto Troncoso</i>	80
<b>Ausländer</b> <i>Héctor Daniel Olivera Campos</i>	84
<b>Las vacas de mi abuelo</b> <i>Sergio Daniel Rodríguez</i>	88



# Migraciones

*Imagine all the people sharing all the world...*

Los cuentos que conforman esta Antología, la tercera que publicamos con relatos premiados en un concurso literario convocado desde Hoja por Hoja, reflejan la diversidad de significados, sentimientos y situaciones que rodean a la palabra “migraciones”. Las distancias de las que hablan estas migraciones son tan diversas que pueden medirse en kilómetros, en años, en costumbres y en idiomas. Estos relatos le ponen cuerpo y voz a las personas que en todas partes del mundo, día a día, emprenden un viaje de resultado incierto, y cuentan sobre el dolor, la nostalgia, el humor y el amor.

En el fondo de estas ficciones están las historias de no ficción, las historias reales, que aparecen brevemente reflejadas en los medios. Luego, el mundo pasa a otra cosa. Las imágenes de niños que ya no despertarán en las playas del Mediterráneo, de familias enteras olvidadas en fronteras ignoradas, de jóvenes apiñados en barcos más o menos remotos duran horas, días, quizá semanas. Pero las huellas de su viaje son para siempre.

Lo saben los descendientes de aquellos migrantes que llegaron a las Américas desde todo el mundo: algunos de ellos son los autores de estos cuentos y nos han entregado historias que tienen ecos familiares, pero también relatos capaces de hacernos reír o de llevarnos a mundos distópicos que enriquecen el significado de las migraciones.

Como en las ediciones anteriores de este concurso literario, agradecemos especialmente a todos los narradores que enviaron sus relatos: los elegidos aquí sobresalieron entre un centenar de participantes, procedentes de España y casi todos los países hispanoamericanos, y están listos encontrarse con ustedes, los lectores, en esta Antología.

*Graciela Cutuli*  
*hojaporhoja.com.ar*



## **Goteras**

*Andrea Itúrburu Calderón  
(Ecuador)*

La ciudad, en ese entonces, ya parecía un infierno. Usted sabe que en Guayaquil todo funciona al revés y en invierno, en vez de estar fresquito, hacía más calor. Había días que la lluvia parecía tragárselo a uno en la calle y hasta las busetas de esas grandotas tenían que bajarse a empujar. Uno ya se acostumbra a vivir así, solo hay que pelar bien las pepas, como dicen los chicos, para no caerse en alguna alcantarilla abierta porque enfermarse en invierno sí es duro. ¡Imagínese tener calor y trancazo! No, eso ni Dios quiera. Ya de por sí en esos meses a uno se lo llevan los mosquitos en peso. Por suerte ahorita ya está más fresquito, igual salí con un poquito de menticol por si acaso.

Pero a mí sí me gusta este barrio. Aunque el otro día a una de mis nietas un malnacido que la venía siguiendo le dijo que quería... ¡Ay, es que hasta vergüenza me da repetir esa zanganada! Cuando me contó yo salí con un palo a darle al tipo, pero ya se había ido. Uno no tiene que salir de Portete para encontrar de todo, eso es lo que más me gusta del barrio. No sea malita ¿me deja sentarme un

ratito? Es que ya no me dan mucho las rodillas para andar saliendo a comprar, pero toca porque sino quién cocina. No ve que mi hija trabaja todo el día y tengo que recibir a mis nietas cuando regresan del colegio. ¡Ay! Sí, creo que ya son las reumas, más tarde me sobo con esa pomada de marihuana y alacrán. Oiga, ¿Qué es de su hijo? ¿Sigue en Murcia? ¡Ah, Madrid! ¿Por qué se fue para allá? Uy, qué pena, en todos lados hay gente mala. Claro, si está más seguro allá mejor. Ay, qué bueno que le vaya tan bien en el trabajo, con la bendición de Dios. Sí, le ha puesto bien bonita su casa. ¡Ah! ¿Ahorra está en un restaurante? El hijo de mi comadre Guchita, la que vive acá atrasito también está en Madrid. ¿Sí se encontraron? Ay, qué bueno. Son muchachos sanos, que sigan trabajando hasta que el cuerpo les dé.

Pero bueno, le decía. Usted sabe que mi casa ya tiene añisimos. Es que ni yo sé cómo sigue en pie. A veces siento como que le cruje el techo y ya la hice revisar de un maestro que dice que está todo bien. Es que mi casita me da tanto orgullo, verá. Yo solita la hice, con veinticinco años. Sí, sí, es que el borracho de mi marido era un vago y yo no lo iba a estar manteniendo, agarré a mi hija y nos vinimos para Guayaquil. Empecé viviendo en un cuartito chiquitito que rentaba en el centro, pero ya después cuando empecé a vender mi arroz millonario por encargo y a lavar ajeno, me alcanzó para comprarme el terrenito. De ahí poco a poco alcé la casa hasta que es lo de ahora. Pero bueno, eso sí hace años porque ahora casi no alcanza. Si no fuera porque mi hija trabaja no sé cómo estaría. Lo que no sé es qué hacer con las plantitas que tengo en el balcón, creo que el sol me las mató o a lo mejor es porque los gatos se meten a estarse cagando. Siempre las riego porque me da pena botarlas, son las primeras plantitas que sembré cuando hice el segundo piso. En cambio, uno de estos días le invito un cafecito para que vea cómo están las del patio de adentro, bien bonitas.

Ah, cierto, de la vecina. Mire, lo que pasa es que ese terreno al lado de mi casa tenía años vacío. Nadie lo compraba. La gente iba

hasta a dejar su basura, pero yo hablé con el dueño y quedamos en un acuerdo hasta que lo mandó a limpiar y lo cerró. Ya con eso al menos noapestaba. Pero un día lo compraron y ahí puso su casita la Evelyn. Sí, sí, la hija del dueño de la Pollería D'Evelyn. Ajá, esa. Sí, ese señor sí hizo su plata. Yo primero vi que empezaron a construir y traían unos materiales rarísimos. Yo sé que cada quién tiene sus gustos, pero es que en serio parecía que estaban construyendo una casa de esas de Samborondón, por allá. Luego le pintaron la fachada toda blanca hueso y el techo rojo. La verdad sí quedó bien bonita. A mí me daba un poco de vergüenza porque cuando la terminaron, la mía estaba a lado y se la veía tan viejita y aún no me alcanzaba para volverla a pintar, pero verá que mi hija me prometió que el mes que viene me la pinta.

En fin, esa chica Evelyn trajo todito nuevo. Yo no sé cómo es que no se le morían las plantas porque a las mías también les daba el sol, pero las de ella estaban como si nada. A mí alguien me dijo, no me acuerdo quién, que esa chica como el papá le había dejado el negocio y les iba bien, andaba creidísima. El marido disque era licenciado en comercio, o algo así, y le ayudaba. Él se hizo cargo de todo después de que ella quedó embarazada y les nacieron los mellizos. A mí la verdad me dio envidia la refrigeradora de dos puertas. Uy, yo sé que no está bien tener envidia, pero es que si hubiera visto lo bonita que se veía la refri. Toditito el barrio estaba al disimulo viendo lo que entraban.

A la niña Evelyn la vi por primera vez, vigilando cómo le bajaban las cosas. La hubiera visto con el pelo bien planchado, mi hija me decía que eso era keratina, unas plataformas y un shortcito. Muy bonita la muchacha, yo tenía ese cuerpo también a esa edad. Jajajaj, sí, yo era una muñequita, uno de estos días le enseño mis fotos en traje de baño que tengo guardadas, jajaja. Pero bueno, me contaron que la niña Evelyn quería disque una casa en Samborondón, pero tampoco es que son millonarios, entonces se conformó con ese terrenito que el papá le regaló. Habían estado alquilando en Urdesa,

por eso decían que ella se creía la muy muy. No entiendo por qué si igual a esas casas le llega la pestilencia del estero, como a nosotros. Se cambió porque sus bebés estaban más grandes. Son lindos esos bebés, qué bendición que les haya salido de una la parejita.

Bueno no es que yo le desee el mal a nadie, eso no está bien ante los ojos de Dios, pero es que esa niña era un poco fantoche. A mí ya me hablaba porque vivía a lado y solo me respondía el saludo. Verá una vez yo, por mejor hacer, le mandé a dejar unas tortillas de verde que había hecho y me sobraron. Mi nieta se las entregó y yo la saludé desde el balcón. Ella me dijo Gracias, pero la vi agarrar la tarrina, como si fuera ñoña. Y me dio un coraje, pero me lo tragué nomás porque una tampoco puede andar deseándole daño a otro.

Otro día también mi hija me enseñó el feibol, o ¿cómo es que se llama? Bueno eso, el feibol. Mi hija le mandó invitación, pero nunca la aceptó. Igual yo no sé cómo es que hacía, pero le podíamos ver todititas las fotos. Ahí fue que conocimos la casa por dentro, porque esa mujer sí que usaba el feibol. Yo creo que ya con lo que pasó, cerró la cuenta, pero hubiera visto. Puro paseo y fiestas. Siempre le agradecía al marido por esos detallitos. Durante la construcción de la casa, el marido la había mandado a ella y a los niños a Manta. De hecho, parecía que estuvieron algunos meses por allá. Ella ponía “Mi rey. ¡Gracias por construir nuestro castillo! Att: tu reina y tus principitos” y ponía fotos del marido en la construcción de la casa, junto a los maestros y el arquitecto. No había día que la niña Evelyn no subiera algo. Si no era foto de lo que cocinaba, fotos de ella, o de sus hijos bien vestiditos para ir a la escuela. Lo que se nos hizo raro era que casi no había fotos del marido en los viajes, parecía que él nunca iba. No creo que no tenga a nadie que le ayude en la pollería, si tienen hasta un local en el Mall del Sur. ¡Sí! Imagine, les creció bastante el negocio. De ahí mi hija se metió al feibol del marido y este tenía más fotos con sus relojes de oro y su Ford, que con Evelyn y los mellizos. A mí me dio eso una pena, porque si en mi época hubiera existido esa tecnología, yo sí tuviera un montón de fotos

con mi hija y mis nietas. La niña Evelyn era creída, pero... Sí, sí, le acepto unas galletitas. ¡Ay, qué buenas son estas! ¿Son las María? Sí, vi que están más baratas en el Tía que en la tienda. Bueno, le sigo contando, es que ya mismito me tengo que ir a cocinar porque las niñas me llegan a las dos del colegio.

Fue el día que el cielo nos cayó encima. Fue un viernes, usted creo que se había ido a Playas, ¿se acuerda? Sí, ese mismo día, por eso es que se perdió de todo, jajaja. Desde tempranito el sol estuvo bien grosero, pero yo sí le dije a mi hija, este sol es de agua. Y así fue, pero no imaginé que iba a ser tan duro. Se nubló y los rayos se escuchaban tan feo, como esos pedos que se echaba el vago de mi marido, jajaja. Todo fue muy rápido. Verá, yo estaba tomándome un juguito de tomate de árbol y leyendo mis mensajes de guasá en el patio. Me gusta estar en la sombra con mis plantitas, sobre todo en esa época que el calor es insoportable. Yo les hablo, aunque mi hija me diga que parezco loca, jajaja. Me tuve que entrar corriendo por el tremendo chaparrón. Pero no garuó y luego empezó a llover, fue como si alguien abriera una llave de golpe. Pegaba tan fuerte en el techo que adentro ya no se escuchaba nada, solo el agua. Pensé que se me iba a caer el zinc encima. Pero mire que Dios es tan bueno, que solo tenía una gotera chiquitita, que me caía justo en una maceta del balcón que yo había entrado hace unas horas. Igual puse por si acaso baldes alrededor de la sala y cerré las ventanas porque el viento empujaba el agua para adentro. Yo estaba preocupada porque iban a ser las dos de la tarde y a esa hora me llegan mis niñas. Me asomé y los negocios habían empezado a cerrar porque la calle se estaba inundando. El agua desintegró los papeles del piso. Los pitos de los carros ni se escuchaban, parecía que el agua desbarataba el asfalto le juro. En ese momento no me fijé en los carros de policías porque la lluvia como que gritaba. Yo tenía miedo, le juro que parecía que hablaba. Al día siguiente dijeron en las noticias que fue la lluvia más fuerte del año, pero al menos esa noche dormimos con un aire fresquito, de verdad que el calor no se aguantaba más.

Bueno, bajé con un paraguas porque me imaginaba que las niñas ya venían caminando y estaba angustiada porque no vaya a ser que se me iban a enfermar. Yo escuché un sonido fuertísimo, por un momento juré que era algún rayo. Empezó a sonar más seguido y ahí me di cuenta de que el sonido no venía del cielo. Así que abrí la puerta y vi a los pacos tumbar la puerta de la niña Evelyn. ¡Es que los hubiera visto! Armados así como en las películas, parecía que iban a la guerra y andaban todos cubiertos como Robocop.

El cielo se caía, pero todo el barrio salió. La casa de la niña Evelyn se empezó a descascarar. Entraron un montón de policías. Se escuchaba cómo gritaban “aquí, acá” y golpeaban las paredes con unos toletes enormes de metal. Yo vi cómo sacaron a la niña Evelyn que parecía confundida, como cuando uno recién se levanta. Creída, pero jamás me hubiera imaginado que andaba en malos pasos. Igual me acerqué porque vi que los mellizos lloraban empapaditos y con los mocos chorreados. Yo creo que a los pacos no les habían dicho que los niños estaban en la casa porque no sabían cómo hacer para que se separaran de la ventana de la patrulla. Total que yo los fui a separar de su madre y un paco me gritó Y USTED ¿QUIÉN ES, SEÑORA? y la niña Evelyn angustiada me gritó DOÑA ROSITA, TÉNGAME A LOS BEBES mientras le reventaban las paredes. Sostuve a los niños. La niña Evelyn algo les decía a los pacos llorando, se la veía perdida dentro del patrullero, como si no esperara nunca estar ahí. Los mellizos trataban de zafarse de mis brazos, pero su madrecita les gritó desde el carro MIS AMORES, YA LE DIGO AL ABU QUE LOS VENGA A VER y entonces se calmaron. En ese momento mis nietas llegaron corriendo y les dije que subieran a los mellizos a la casa. Yo me quedé un ratito más ahí afuera parada, viendo cómo sacaban fundas de basura. La vecina de la esquina me dijo que en las noticias dijeron que tenían fajos de billetes y también droga. Pero es que hasta ahora sigo sin creer nada, bien dicen que el mal de la olla solo lo conoce la cuchara. Ese relato era lo único que se escuchaba entre la lluvia.

Los pacos pusieron esas cintas de plástico amarillas para cerrar todo porque los vecinos se estaban acercando. Yo creo que doña Guchita hizo videos, a lo que regrese a la casa le reenvió por guasá que todavía los tengo. El patrullero prendió la alarma para que le dieran paso, pero igual no se movían porque la calle ya estaba inundada. La niña Evelyn, pobrecita, con los pelos de loca algo les decía a los pacos, pero no se la podía escuchar. La lluvia malvada sonaba más fuerte. A la final los vecinos tuvieron que ayudar a mover la patrulla unas cuadras, hasta que arrancaron. El resto se fueron como a las seis y se llevaron todo lo que sacaron. Me dieron una pena las plantitas, quedaron destrozadas. Es que no les había importado nada cuando entraron, hasta las pisaron.

A los mellizos los vinieron a ver más tarde, tipo ocho de la noche, cuando el agua bajó. Se tuvieron que comer un sandwichito de atún con mayonesa que les hice, porque no contaba con dos bocas más en el almuerzo. Igual esos niños los han criado bien místicos para comer, no quisieron probar ni una cucharadita de la sopa de pollo. El abuelo los vino a ver, sí, el señor de la Pollería. Muy amable, hasta me vino a dejar un pollito con papas y me dijo que cuando quiera nomás me acerque a pedir al negocio, pero que esa semana ya no iban a abrir. No me dijo lo que pasó, le vi los ojos bien llorosos y no le quise preguntar.

Al día siguiente me levanté y las plantas de mi balcón tenían como un colorcito verde, las hubiera visto. Yo pensé que iban a revivir, pero ese mismo día el sol me las volvió a secar.

## **Lazos**

*Marcos Sebastián Núñez*  
*(Argentina)*

Estefanía estiró los cordones por tercera vez. En sus manos, flácidos como fideos largos pasados de cocción, los cordones se enredaron en una maniobra sin sentido. La atadura se desarmó rápido con los primeros pasos y Estefanía corrió, o intentó alejarse, pero Martina la llamó. Martina era la maestra de Segundo. La risa de los demás, que habían visto todo, no tardó en llegar. La vergüenza que sintió la niña fue una mueca agria en su rostro. En cuestión de segundos, la mujer anudó el lazo de sus zapatos y dejó a la niña sola otra vez, en mitad del patio. Ella, ahora segura de sus pasos, caminó entre varios grupos de niños y se unió a tres amigas que intercambiaban impresiones sobre una cantante que no conocía.

El olor dulce de las golosinas en las manos de los niños que pasaban a un costado, por momentos, le revolvía el estómago. Trataba de no pensar en ello y oía sin oír lo que comentaban las demás niñas. Las canciones de Lady Lol, al parecer, eran geniales y ella, la ídola del momento. En el Perú nunca había oído de ella y, aun oyendo lo que decían, creía que no iba a interesarle.

El repique del timbre partió la atmósfera del recreo y apagó, poco a poco, la bulla; Estefanía regresó al salón tan pronto que debió interrumpir la clase porque no había ido al baño: necesitaba hacer pis. Cuando se lo explicó a su maestra despertó la burla de un compañero, un niño pequeño y de voz estridente. Lento, Estefanía caminó hacia el baño y regresó tan rápido como pudo.

En el pizarrón, la maestra estaba escribiendo algunas cuentas de matemáticas. Las resolvió en pocos minutos y se quedó mirando alrededor. Una niña de ojos azules y pelo enrulado miraba hacia la ventana que daba al patio; a través de ella vio pasar a una perra panzona y perezosa. Detrás de la niña, el pequeño de voz chillona sacaba punta a un lápiz. A Estefanía le gustaba el sonido que hacía el sacapuntas al girar el lápiz y le gustaba, también, ver cómo se desprendía la película amarronada con puntilla de grafito. Parecía, pensaba, una pollera en miniatura. Podría haberse pasado horas sacándoles punta a sus lápices y desafiándose a no romper la viruta espiralada que iba brotando del sacapuntas.

Mirando al niño se dijo que era evidente que estaba retardando todo lo que pudiera el momento de hacer las cuentas. Desde su pupitre veía que el lápiz estaba afilado y solo lo hacía para demorar la tarea. Aquello le dio risa y no pudo contener una breve pero ruidosa risotada que, claro, atrajo varias miradas. La maestra le preguntó si pasaba algo pero Estefanía negó con la cabeza. La maestra se quedó mirándola y, como no hacía nada puesto que había terminado los ejercicios, la llamó al pizarrón. Ella se paró y se alisó el guardapolvo con ambas manos, y caminó con la certeza de que no necesitaba llevarse la hoja con las cuentas resueltas.

Delante del pizarrón tomó la tiza que le tendió la maestra. Llevaba el pelo largo suelto y una sonrisa difícil de olvidar. Es muy bella, pensó cuando la vio a los ojos. Luego, dándole la espalda a sus compañeros, empezó a dibujar los números en el pizarrón sin cometer ningún error. Cuando finalizó observó que la señorita repasaba los cálculos al tiempo que asentía con la cabeza. La felicitó y ella sintió otra vez vergüenza, una vergüenza distinta de la que había sentido antes. Era una sensación agradable. De regreso a su

banco, algunos niños le extendieron la mano y ella se animó a chocar los cinco; otros —se fijó en uno particularmente, un niño con pecas— se apresuraban a copiar en sus cuadernos lo que ella había resuelto, copiaban apurados por el temor a que la maestra borrara mientras sacaban la lengua, como si ello imprimiera velocidad en lo que hacían. Orgullosa de sí, Estefanía se dejó caer en su pupitre. A la distancia reconoció que los números no eran tan redondos como había creído, sin embargo ello no opacó su satisfacción y oyó con atención lo que comenzó a decir la maestra. Siguió escuchando aún cuando dejó de prestar atención.

Recordó a Carmen y supuso que a aquella hora de la mañana estaría jugando con su perra Lima. Su prima se había quedado en el Perú, con su vida y sus horarios, su colegio y sus amigos. Seguiría durmiendo por las mañanas y yendo al colegio a la tarde, como lo había hecho ella hasta que emigró a la Argentina.

—Los tréboles de cuatro hojas traen suerte —le dijo Carmen una tarde que jugaban en el jardín de la abuela Josefina.

Carmen siempre sabía cosas como esas, aunque la mamá de Estefanía decía que Carmen era más bien una charlatana. Estefanía disfrutaba conversar con su prima y, sobre todo, le gustaba que le contara esos pequeños saberes, como cuando le explicó que en el cielo hay estrellas que se mueven que se llaman estrellas fugaces, y que hay que pedir un deseo cuando pasan.

En verano pasaban mucho tiempo juntas en casa de la abuela Josefina mientras sus padres trabajaban. Cuando llegaban, por lo general, Carmen prefería seguir durmiendo pero Estefanía le insistía para que jugaran con la muñeca de vestido azul que su abuela guardaba en la habitación. A veces, cuando el día estaba soleado, le decía que salieran al jardín de los rosales para ver si habían crecido tréboles.

—La casa de la abuela huele a iglesia —dijo cierta vez Carmen.

Estefanía, más tarde, se lo contó a sus padres. Cuando la escuchó, su mamá se dobló de la risa y le dijo que seguramente esa era una ocurrencia del tío y que Carmen solo la había repetido. Sin embargo, la abuela iba todos los domingos a la iglesia con unos ves-

tidos largos que la hacían ver vieja y huesuda, o quizá era tan huesuda que ningún vestido podía disimularlo.

La abuela Josefina les había contado muchas veces que su nombre pertenecía a la nobleza porque sus padres la habían llamado como la esposa de Napoleón, una tal Josefina que había sido emperatriz de Francia. La mamá de Estefanía decía, en cambio, que de francés no tenía nada porque era bastante malhablada, cosa que era verdad, porque muchas veces las niñas la habían escuchado decir groserías y, cuando se daba cuenta de que la habían oído, las miraba y decía que lo que acababan de oír era una expresión francesa. Las niñas, que no sabían francés pero sí algunas malas palabras, le decían que sí, que claro, pero en el fondo sabían que su abuela les estaba mintiendo.

El sonido de la tiza rayando el pizarrón la devolvió al salón. Estefanía temió haberse perdido la explicación de algo importante, pero cuando repasó las cuentas que acababa de escribir la maestra en el pizarrón no advirtió nada raro. Apuntó en su cuaderno los ejercicios y hasta los resolvió mentalmente, pero no realizó las anotaciones para tener con qué entretenerse en su casa a la vuelta del colegio. Cerró el cuaderno y observó cómo todos los demás hacían lo mismo justo antes del nuevo recreo. El timbre, como una tromba, expulsó a todos los niños fuera del salón. Estefanía esperó y salió última.

Caminó bajo una galería de columnas gruesas de hormigón y se detuvo a mirar una cartelera; había afiches de efemérides patrias y puntualmente uno le llamó la atención, una imagen en la que reconoció a San Martín sin tener que leer su nombre. También vio una gráfica sobre la disección de una célula. La historia y los libros de ciencia no son distintos de los que se usan en el Perú, pensó.

Anduvo un poco más y llegó hasta un bebedero; lo accionó y tomó tanta agua como quiso. Luego buscó con la vista rostros conocidos hasta que dio con el grupo con el que había estado antes. Les habló de los tamales peruanos y hasta mencionó el ceviche; el estómago le crujió de hambre y todas rieron. De pronto, un niño pasó corriendo y gritó que había un perro a punto de morir. Una de

las niñas empezó a llorar y las otras trataron de calmarla. Estefanía quiso saber dónde estaba el animal y el chico señaló un sitio donde se agolpaban varios niños para ver el espectáculo.

Abriéndose paso entre los cuerpos apelmazados, Estefanía se asomó al lugar donde descubrió que estaba la perra panzona que antes había visto pasar por la ventana abierta del aula. El viento blando de la primavera le arrebujo los pelos azabache sobre la cara; delicadamente los apartó con una mano y se inclinó sobre el animal, que no estaba muriendo sino pariendo. Con cuidado dirigió sus manos entrenadas y acompañó los movimientos de la perra, que se dejó. Mientras oía que algunos niños lloraban o huían espantados, Estefanía ayudó a nacer a siete cachorros.

Poco antes de que saliera el último llegó una maestra que no pudo hacer más que observar en silencio la pericia de la niña. Luego la ayudó a lavarse.

Durante la última hora, en la clase de lengua, Estefanía contó a sus compañeros que en el Perú vivía en una casa con muchos perros y era común aquello de acompañar a las perras cuando paren. Su madre se lo había enseñado a ella y antes, su abuela a su madre. El final de la jornada llegó con el momento de mayor calor; afuera, los padres recibían a los hijos acalorados que se iban desvistiendo a medida que se alejaban del colegio. El padre de Estefanía, un hombre de espalda ancha y más bien bajo, estaba parado junto al portón desde antes de que sonara el timbre. La recibió con un gesto cálido y la tomó de la mano; ella sintió cómo la envolvían los dedos gruesos y negros de labranza de su padre y se sintió segura.

—Papi —dijo luego de los primeros pasos—, ¿cuándo aprendiste a atarte los cordones?

## **Blanco y azul**

*Barbarella D'Acevedo*

*(Cuba)*

Blanco y azul. Todo blanco y azul alrededor. Blanco de cal. Turquesa, en cielo, y ventanas y puertas. Turquesa en techos, los techos como cúpulas, azul en verjas, y por supuesto en el mar. Olor a mar en todas partes. A salitre. Yo quise vestirme también de esos colores en la tarde. Con un vestido blanco, las sandalias azules y un collar de metal amarillo, y el ojo, un nazar o baskania, tales eran sus nombres, según me explicó la mujer en el mercado. Un collar tradicional con el fin de evitar el mal de ojo. Debía recibirse como regalo para hacer efecto. En mi tierra se usaban los azabaches, sobre todo en los niños, y un ojo de Santa Lucía, y en el Mediterráneo, ese nazar.

Me permití vestirme de blanco, después de mucho tiempo. Terminé de arreglarme frente al espejo, y bebí una copa de vino. Empezó en tal instante a soplar con fuerza el Meltemi, viento de norte a sur, típico del mar Egeo. Entró con total potencia por el ventanal del cuarto y puso en caos las páginas que yo dejara sobre la cama. Un poco antes había estado escribiendo... El Meltemi fue como una señal. Recordé a Eolo y por supuesto a Odiseo, y cómo Eolo había intentado ayudarlo, pero después salió mal y Odiseo no consiguió regresar a Ítaca. Allí, frente al espejo, me acordé de

Odiseo y de Ítaca. Y quise olvidar, sacudir la cabeza, de nuevo escaparme. Huir... Aún más lejos. Me dispuse a recoger las hojas. Cerré la ventana para controlar el desorden. Porque quizá no se tratara de alejarse de la gente, de unos y otros, sino de poder despojarme de aquello que me seguía a cualquier parte, inclusive si me encontraba ya del otro lado del mundo.

Así salí por fin a la calle a través del estrecho laberinto de callejuelas y escalinatas, en busca del océano, para apreciar en su proximidad la caída de la tarde, el espectáculo principal que tanto recomendaban, como si la vida pudiera resumirse a eso.

Salí y el viento, molesto, dificultaba el paso, enredándome el pelo, y yo torpe, como siempre... Pero a la par me sentía alegre porque todo era extraño, aquel pueblo, el viento, y yo, en un rincón de la tierra tan ajeno, tan blanco y azul. Yo torpe y hasta un poco perdida. El viento, tras de mí. Y me dije: "Así es mi vida..."

Y estuve a punto de caer. O tropecé, no sé... Mi sandalia azul se rompió al tropezar. Y entonces una mano, un cuerpo llegó de la nada a sujetarme:

—Cuidado...

¡Ocurrió tan de prisa! Y sentí eso, como electricidad, cuando él me sujetó... Al instante acudió a mi mente la frase de un libro: "En otras ciudades suele haber dobles de las personas que conocemos". Esa frase, quizá como un mecanismo de defensa... Porque bastó un segundo para reconocerlo y hacerme la pregunta, de si era él, ¿cómo podía ser él? Y además, dijo:

— ¡Cuidado!

Lo dijo en español, en mi lengua de antes. Tuve que mirarlo e imagino qué cara habré puesto, porque él sonrió, para entonces preguntarme:

— ¿Se encuentra bien? —otra vez en español, como si no nos halláramos en una isla del Mediterráneo y sí lejos, en otra isla, mi isla.

— ¿Está usted bien?

Así, con el tratamiento de usted como si no nos conociéramos, o nunca nos hubiésemos visto. Y yo pensé tantas cosas en una frac-

ción de segundo. Quizá ni siquiera me había reconocido... Y fue preciso deshacerme de él. Asentir sin pronunciar una palabra. Decir "sí" con la cabeza para que no supiera. Y marcharme a toda prisa, con mi sandalia rota, sin querer mirar atrás. Era preciso huir si podía hacerlo, alejarme, aprovechar la confusión, no aclarar nada. A lo mejor se trataba solo de un parecido enorme.

Llegué al mar, sin saber bien a través de qué caminos. Luché por un puesto entre las ruinas del fuerte para observar la caída del sol. Los márgenes estaban llenos de turistas. Pero no vi nada. O sí. Una sucesión de imágenes, sensaciones: mar transparente. Color. Cielo rosa. El sol como un rayo de luz verde. No presté atención.

Después quise buscar en el puerto una oficina, comprar un pasaje y así irme pronto. Era preciso marcharme, tomar un ferry cualquiera y desandar el camino que me llevara hasta allí, adonde había ido a descansar, a terminar la historia que pretendía escribir. Me asustó esa coincidencia. O verlo, fuese o no fuese... Y la isla se me antojó pequeña para contenernos a ambos. Pero soplabla el Meltemi. Y con el Meltemi no era posible navegar. El clima se volvió su cómplice.

Regresé a mi casa de alquiler. No cené. Bebí mucho con la intención de conciliar el sueño. Anhelaba dormir. Al menos, borrarle los recuerdos, los buenos y los malos. Porque de pronto todo se encontraba de vuelta...

¡Su voz! Él y yo habíamos tenido la historia más rara... Esa noche no quise pensar. Había pasado cinco años en la pretensión de alejarme... Y ahora mi vida y él me alcanzaban en una isla del Egeo. Deseé llamar a una amiga y que alguien más me devolviera la cordura porque, a fin de cuentas, podía yo estar perdiendo el juicio. Una amiga que me transmitiese consuelo, me exigiera una prueba, para así darme cuenta de lo imposible que resultaba cuanto me ocurría. Pero encontrarme al borde del mundo, con otros horarios, de pronto se volvió en mi contra.

Pretendí leer, ocupar la mente, revisar, releer lo escrito el día anterior, las hojas que desordenara el viento, un relato más... Me dormí sobre un montón de papeles y su voz todavía resonaba en

mis oídos, y el roce, su piel, el brazo que logró sostenerme y evitó mi caída; una paradoja más.

El viento soplabá afuera. Tuve un sueño muy raro: una calle inundada y un hombre que empujaba un cuerpo de mujer, una muerta con un traje blanco. Y la mujer no tenía pies, su cabellera era larga. El agua estaba fría. El cuello de la mujer fue después un muñón con un hilo de sangre y llevaba un nazar sobre el pecho, el ojo turco...

Me desperté con la boca seca. En la oscuridad apuré el vino restante y conseguí volver a descansar. Reabrí los ojos cuando ya la mañana había avanzado. No tuve deseos de levantarme. Sentí dolor de cabeza y mucha sed, pero ni un ápice de voluntad. Pasé horas en la cama, ya despierta, con la vista fija solo en el techo, sin atreverme a ser yo de vuelta, a salir de ese cuarto desconocido que se había vuelto mi refugio. Me dije: "Quiero estar en mi casa. Quiero que alguien más se haga responsable y que mi vida no dependa de mí. Que me alimenten o abriguen como si fuera una niña de pecho". Y entonces me tuve lástima y lloré. No sé cuánto tiempo pasó, pero luego de llorar sentí hambre... Al final tomé la decisión de levantarme y salir a la calle. Resolví que lo mejor iba a ser no pensar. Tomé una ducha y luego me vestí para salir a almorzar. Caminé hasta encontrar un lugar tranquilo. Un pequeño restaurante en una terraza, con poca clientela. El sitio perfecto para mí, que no deseaba compañía y sí la paz blanca y azul, la cal de las paredes, y el cielo o el mar, siempre el mar.

Pedí platos ligeros: una tzatziki, la ensalada de tomate y pepino, aceitunas y queso feta, y por supuesto un vino blanco. Y lo vi llegar. Era inevitable que llegara, o se acercase a mí. Era inevitable mi duda en tomar una decisión, porque tenía dos oportunidades por delante, huir sin tener a dónde ir, con el Meltemi que desordenaba el mundo, o permanecer y enfrentar mi historia, o ese presente en la forma de un hombre que ahora llegaba a preguntarme en español y luego en inglés, como si no me conociera, si yo había seguido bien y, después, sin darme tiempo a contestar, iba a proponer acompañarme. Tuve esa especie de salto en el estómago y miedo, mucho miedo.

Debo de haber cerrado los ojos sin desear ver, con el fin de borrar semejante momento, demasiado irreal para resultar cierto. Hasta escuchar de nuevo la pregunta, en español:

— ¿Se encuentra bien?

Y decidir... Decidí quedarme, y responder:

— Sí.

— ¿Puedo acompañarla?

Pidió moussaka, pulpo a la brasa y otra botella de vino blanco y me sirvió una copa. Lo vi comer y recordé una foto que una amiga en común me había regalado años atrás, una foto de cuando fuimos niños y estudiábamos juntos, en la cual él aparecía muerto de risa, una foto donde sujetaba una fruta, un mango de ese patio donde nos encontrábamos, la casa de alguien de nuestra aula en el colegio; un mango, una fruta que debió de resultarle tan rara en ese tiempo.

“¿Es él?”, me pregunté. Su rostro no era el mismo. Ya llevábamos tantos años de no vernos... Hacía mucho él había regresado a su tierra. “Es él”, me repetí. Era su voz, y también los ojos detrás de las gafas. La manera de reír, sonreír. La estatura. La piel. E incluso su ropa tan de siempre. La camiseta blanca, el pelo un poco largo. El acento. Su olor afrutado de la infancia... “En otras ciudades suele haber dobles...”.

Y a la par resultaba poco probable que fuese él. Y si era, ¿por qué no me abordaba?

— Es un lujo poder hablar en español. Y más si se encuentra uno tan lejos de casa.

— ¿Usted de dónde es?

Y él dijo el nombre de ese país. Mencionó su ciudad. Y mi cabeza repitió: “Es él... y no me reconoce. A lo mejor nunca nos conocimos”.

— Disculpe. No me he presentado... — me dijo su nombre. Pero no era el de siempre, el que debió de haber sido, sino otro.

Y yo me sentí al borde de todo. Como si por un momento mirase mi vida desde afuera... Como si me fuera a caer. O el viento me empujara.

— Está usted pálida. ¿Se siente bien?

—Sí, el vino quizá —respondí—. Alma es mi nombre.

Todavía busqué en él cierta reacción, un gesto que me permitiera aventurar su broma, el nuevo truco. Pero solo me dijo:

—Es el nombre perfecto.

Y continuó refiriéndome que era catador de vinos. Ya llevaba seis años por aquellos lares. Y entonces otra vez se hizo imposible que fuese aquel de mi infancia.

Supongo que estuve parca, con bastante para pensar. Él llenaba mi copa a cada rato, sin dejar de contarme sus rutinas, como si llevase mucho tiempo sin hablar, como si necesitara hacerse oír. Pidió la carta de quesos. Y otra botella de vino. Disertó sobre maridajes perfectos. Me hizo probar... Y habló del blanco y el azul. De las paredes blancas de cal y su pretensión de evitar epidemias en otro tiempo. Y de Túnez, donde también viviese, que era otro lugar azul y blanco, lleno de gatos. A él no le gustaban los gatos. Y pensé que nunca le habían gustado los gatos. Me habló del mar y el salitre, del sol, los viñedos, y el vino, la cata, la gastronomía de las Cícladas y sus materias primas. Y del viento. Habló también del viento, los vientos, y de Eolo por supuesto, y de Odiseo, del mar y sus corrientes...

Y yo no podía dejar de mirarlo, de escuchar y preguntarme: “¿Es él?”. Porque se le parecía tanto, pero al mismo tiempo no podía estar segura y tuve miedo de que no fuese, y también de que sí... Y después, en algún momento apagué, quizá, mi instinto de preservación, o no fue eso y sí que recordé su voz en otra fecha, mientras hablaba del mar, como ahora:

—Hace tiempo conocí a un hombre que se le parece.

—¿De verdad? ¿Y cómo es él?

—Estudiamos juntos varios años. Éramos chicos. Y luego, en otra época, nos volvimos a encontrar. Después ya no...

—Es extraño —me respondió—. Yo tengo esa sensación de que la conozco también...

—¿Como de vidas anteriores?

—Como de toda la vida —rió él y yo también reí y por primera vez desde el encuentro, logré sentirme a gusto.

Aventurar las peores posibilidades tal vez me permitió sentirme en paz. Porque después de todo, aunque se le pareciera como un gemelo, era imposible que fuese él, imposible semejante encuentro, o la mentira. Y a la par, resultaba como una oportunidad... Noté las gotas de sudor que le perlaban la frente. Hacía calor, a pesar del Meltemi.

— Cerca de aquí es posible presenciar el mejor de los atardeceres — me dijo.

Me asaltó un sentimiento de nostalgia. Porque fue como hallarme al borde del tiempo. Sin nadie para juzgar ninguno de mis actos, o decirme “Estás loca” o “No lo hagas”. Y no tuve deseos tampoco de pensar en otro día, o el futuro, y sí de obtener solo una tarde por delante...

— Es increíble como ciertas cosas pueden cumplirse si ya no esperamos — añadió como si me adivinara.

— ¿No serás un clon? — entre sonrisas, bebí de la copa que nuevamente me ofrecía.

— Quédate hoy conmigo y a lo mejor hasta lo averiguas.

Así, de pronto pude sentir su voz cerca, su rostro muy próximo al mío, la respiración azul y blanca. Debo de haber entrecerrado los ojos.

— Solo el atardecer — respondí con firmeza, como si pretendiera convencerme a mí misma.

— Primero el atardecer — contestó, casi muerto de risa. Y se levantó presto del asiento para invitarme a seguirlo.

Comenzamos a desandar las callejuelas rumbo al mar. Yo, sin saber adónde iba, pero a la misma velocidad de su paso, junto a él, siguiendo el ritmo de su caminata. Las calles se enredaban y desenredaban y recordé otro mito: “Es que ahora soy Ariadna y ando al lado de Teseo, aunque Teseo y el Minotauro, al fin y al cabo, sean la misma cosa”.

Hasta que de pronto dijo:

— Espera.

Se detuvo a mirarme, en un gesto un tanto falso, trillado, como salido de una comedia romántica, porque entrelazó los dedos de

ambas manos, cual si jugara a encuadrar una fotografía. Sentí el sol en el cuerpo, en mis hombros, la luz de oro del sol en la tarde. Y el blanco y el azul.

— Puedo escuchar tu corazón — me dijo—. Ese amigo tuyo, mi gemelo...

Dejó la frase inconclusa y yo no respondí. Busqué el cielo con la vista. El cielo para calmarme. Azul. Como los tejados. Y el propio mar.

— Qué lugar tan raro esta isla — susurré.

— Eso pasa con el mundo si es viejo. Pero hay sitios más raros. En Delos nadie nace ni muere. Nunca. Ni antes ni ahora. Y no se puede pasar la noche.

— Delos...

— Si no fuera por el Meltemi, te invitaría a pasar la noche en Delos.

— ¿Cómo, si no se puede?

— Pero siempre hay un modo.

— ¿Y en mi mundo? — le pregunté—. ¿Has estado alguna vez en mi mundo?

Volvió a sonreír sin responderme.

— El mundo al final es uno solo — expresó después de un rato.

— Debería pedirte una prueba — le dije—, para saber si eres quien dices ser...

Me tomó de la mano como si fuésemos más que dos desconocidos. “En un mundo que es blanco y azul no funcionan las mismas normas”, pensé.

— Y te la muestro, mujer. Pero luego, en mi departamento...

— ¿En cuál de las islas se encontraría antes la entrada del infierno, el Hades o el inframundo? — pregunté.

Seguimos nuestro camino y estuvimos de pronto junto al mar. Apretó mi mano y solo dijo:

— Mira.

Él apreciaba el mar y la caída del sol. Y yo lo observaba a él. Y regresaron de golpe todas las dudas. Por segundo día consecutivo, volví a perderme el declinar del sol, a sentirlo, sin alcanzar a ver.

Caminamos después otra vez juntos. Yo, otra vez, sin saber adónde, porque él era quien guiaba mis pasos. Supuse que si alguien nos veía, no podría aventurar que nos acabábamos de conocer. Pero ¿nos acabábamos de conocer?

Su apartamento resultaba similar al mío. El cuarto tenía una terraza que permitía distinguir el océano.

— Prepararé algo para cenar — me advirtió.

— ¿Y tu prueba? — pregunté.

Se rió antes de contestarme:

— Después...

Y me dije: “Ahora somos, de nuevo, un hombre y una mujer”.

Me asomé a la terraza. Las buganvillas, llegaban a la cerca añil junto al olor del mar, el susurro del mar:

— Allí también tenemos buganvillas.

El Meltemi soplabla con cierta violencia y yo pensé: “Este aire todo lo vuelve un caos. Con la furia del Meltemi puede ocurrir cualquier cosa”.

Él se acercó con otra copa. Me abrazó por detrás, mientras con una mano me colocaba un dátil en la boca. Y me hizo dar vuelta, hasta encontrarnos frente a frente. Era su estatura. “Debe medir un metro ochenta”, me dije. Y sus ojos. Eran en particular sus ojos, un tanto pequeños. “Es él. Y yo no debo permanecer aquí”. Me repetí: “Estoy loca, como el aire, y esto es solo una trampa más. Otro juego de los suyos, después de tantos años”. Pero no conseguí resistirme cuando me besó. Fue un beso suave y lento. Un beso profundo. Y el viento tras de mí. Otra vez el pensamiento: “Así es mi vida. En cualquier sitio extraño, un rincón de la tierra tan ajeno y blanco y azul, con buganvillas”.

Y me abrazó con fuerza, y el collar con el ojo nazar cayó al piso. Él quiso recogerlo, el vidrio roto, azul. Le dije:

— Déjalo. Ya está.

Y me sentí torpe y perdida. Entonces el cuerpo de él me sostuvo. Me alzó entre sus brazos para depositarme en la hamaca.

“¿Qué edad tengo?”, pensé: “¿Quién es él? ¿Es él? ¿Y yo? ¿Cómo es que su cuerpo apareció de la nada para sujetarme y se

amoldó al mío como si lo reconociera?”.

Fue el caos de ropa azul y blanca, suya y mía en el piso, y nosotros en la hamaca, como si estuviésemos en el mar, nuestros cuerpos inestables, el mío torpe y el de él haciéndose dueño con sus manos...

Y yo me dije: “Esto debió pasarnos desde siempre o es ahora que sueño lo imposible, y un él que no es él, sino su doble, gemelo, o él mismo que miente mientras besa mi cuello y me hace a un lado el cabello con la mano, la misma mano que luego se multiplica y desciende hacia mi pecho, agarra mis pechos, para después trazar una línea hasta el ombligo, con esas manos suyas, o de él, aquel, que no es este”.

—Tienes un tatuaje que no te conocía... —susurró.

No me alarmé ni siquiera con la frase. Porque estaba claro: él debía conocerme cada marca, y no se marchó nunca. No me importó sentir miedo, o de nuevo esa especie de calambre capaz de recorrer mi cuerpo cuando por fin entró en mí sin más preámbulos.

Acabó por dormirse en el abrazo, con ese cansancio que resta después de cierto esfuerzo. Y yo pensé que de algún modo tenían que cerrarse las historias inconclusas...

A tuestas me levanté. Vi su cuerpo sobre la hamaca azul. Me detuve junto a él y lo recorrí con la vista: los dedos de los pies, sus pies, las piernas, la carne de los muslos, su pecho, el cuello ancho, la barba rala, las orejas. Quise abarcarlo entero, retenerlo otra vez. Aunque no fuese él y sí un catador de vinos desconocido, con otra historia...

El Meltemi se había calmado. Y ahí estaba Odiseo en su remanso, al fin... Solo que esa isla no era Ítaca.

Me vestí en silencio y recogí todo, también los restos del nazar, el cristal en el suelo. Y casi a punto de irme, vi algo sobre la cama. Recordé la broma:

“Vine hasta aquí para tener una prueba”, me dije. Y ahí estaba su pasaporte. Como si lo hubiera dejado para mí.

Dudé y fue la isla detenida, como muerta, y yo viva, yo Pandora, en otro mito de repente.

Con el temblor en las manos lo abrí. Ahí estaba su nuevo nom-

bre, ese que lo alejaba de mi pasado. Respiré tranquila por un instante, pero solo por un instante, ya que enseguida pude ver allí la fecha de su nacimiento, la de aquel, que era otro hombre, el de toda mi vida... Debí sonreír, quizá... Porque siempre iba a ser así. Volví sobre mis pasos, y retorné a mirarlo con nostalgia. Regresé el nazar roto al suelo, como un recuerdo, o un mensaje.

## Un colombiano suelto en Buenos Aires

*Diana Andrade*  
(Colombia)

La empresa me mandó a la Argentina por pereza. Llevaba años trabajando de asistente administrativo, sacando fotocopias y conectando proyectores, pero cuando llegó el momento de venderle la aplicación a una compañía pequeña en Buenos Aires, los ejecutivos de ventas decidieron llevarme para no tener que preocuparse ellos por las maletas.

Lo único que no me confiarían serían los computadores, porque ahí viajaban, en primera clase, los secretos patentados de la compañía.

Llegamos pasada la medianoche a un hotel elegantísimo en el barrio de Palermo. Yo me había pasado todo el recorrido del taxi hablando con el conductor, probándonos el uno al otro con nuestros conocimientos enciclopédicos de fútbol, así que no entendí muy bien qué pasaba cuando Roberto, el menos arrogante de los ejecutivos, me indicó que habíamos llegado. ¿Acaso no me habían reservado una habitación en un hotel diferente, más barato? Roberto respondió a mi pregunta con un manoteo exasperado y chasqueó los dedos para ordenarme que le ayudara al

conductor a bajar las maletas que él había organizado por tamaño en el baúl.

La cama de la habitación que me asignaron era una *king size* en la que cabían tres personas. El baño tenía dos lavamanos, un inodoro con calefacción, y las toallas blancas que colgaban de un gancho junto a la puerta eran más esponjosas que las almohadas en las que había dormido toda la vida. Me di una ducha larga y después me acosté en la cama inmaculada, arropado con un edredón tan pesado que era como estar metido entre un capullo. Seguramente fue por eso que soñé que un hada madrina me había convertido en un masmero suavcito, tostado a la perfección.

Al día siguiente, después de un desayuno abundante —huevos revueltos, aguacate que aquí llaman palta, café con leche, medialunas o, como decimos nosotros, cruasanes—, los ejecutivos me ordenaron que fuera a una casa de cambio a conseguir pesos. Miguel Ángel, que en la escala de arrogancia estaba por encima de Roberto pero muy por debajo de Nicolás, se sacó un sobre de manila de entre la pretina del pantalón.

Mientras chanceaba con los demás sobre las ventajas de una moneda tan devaluada, sobre los vinos que beberían con lo que para ellos no eran más que unos cuantos dólares, escribió una dirección en el reverso del sobre.

—A ver si pone atención, que esto es lo único importante que usted va a hacer en este viaje —dijo—. No acepte menos de 285 pesos por dólar, pero sospeche de cualquiera que le ofrezca más de 303.

La dirección que me dio Miguel Ángel resultó ser simplemente una indicación vaga para el comienzo de una avenida peatonal larguísima, adoquinada. En la primera esquina pude ver que se llamaba “Lavalle”.

Nunca había visto tanta gente caminando al tiempo, hombro o hombro, una masa de desconocidos que se multiplicaba con cada segundo que pasaba. De los restaurantes salían hombres y mujeres a mostrarme cartas, jóvenes y no tan jóvenes que me invitaban a probar la mejor parrilla, el mejor bodegón, pero no se lo tomaban

mal cuando yo les decía que no, gracias. Solo murmuraban “okey” y abordaban al siguiente peatón, como si nada.

A medida que fui avanzando por la calle Lavalle empecé a identificar a los cambistas, gente que trataba de disimular que a cada transeúnte que pasaba le gritaba “cambio, cambio” y luego algo que sonaba como *troko reys*. El primero que reconocí fue un tipo calvo que alternaba sus anuncios con las instrucciones que le daba a su hijo mientras le hacía pases de fútbol. “Cambio, cambio, ahora con la derecha, cambio, cambio, dale con el empeine que está bien centrada, cambio, cambio”.

Consideré la posibilidad de hacer el cambio con él y ya irme, de regresar rápido a mi habitación elegante y tal vez darme otra ducha, pero me dio pesar con el niño que parecía feliz jugando fútbol con su papá. El tipo se encogió de hombros cuando seguí de largo y lo último que le escuché decir fue que el chico lo estaba haciendo bien y pronto podría reemplazar a Messi, cambio, cambio.

Seguí avanzando por locales de recuerditos de Buenos Aires (I <3 Gifts se llamaban todos), tiendas de cargadores y otros artículos electrónicos, gimnasios que anunciaban grandes descuentos, hasta que la vi. Estaba sentada en un taburete alto frente a un local de maquinitas, la menos disimulada de todos los cambistas, y aunque a mí me parecía que el día estaba bastante cálido, tenía puesta una chaqueta de jean con todos los botones cerrados, una bufanda azul claro, y mantenía las manos en los bolsillos con esa postura ligeramente encorvada que adoptamos todos cuando tenemos frío.

Desde la mitad de la calle donde yo me detuve en seco se notaba que el color natural de su pelo era negro, pero lo tenía teñido de ese rojo ardiente de frasco que me fascina. Con los años he aprendido que solo lo usan las mujeres que no se dejan amedrentar por las condiciones de su nacimiento.

Di un par de pasos en dirección a ella y se fue enderezando. Era más alta de lo que me había parecido de lejos, más esbelta. Los ejecutivos decían que las mujeres argentinas eran hermosas porque eran más europeas, pero no era de una diferencia falsa de donde surgía su belleza. Emanaba de una cierta furia en sus ojos negros,

una ira contenida, algo que me era familiar a pesar de sus rasgos de proporciones desconocidas para mí.

Llegué frente a su taburete y, sin siquiera aclararme lo de “cambio, cambio,” me preguntó cuánto quería.

—500 dólares —dije—. En billetes grandes si es tan amable.

Se levantó del taburete y entró al local de maquinitas. Adentro sonaban los ruidos electrónicos de ese tipo de sitios, el “ding ding ding” de cuando uno gana y el “wuuu pong pong” de cuando uno pierde, y las luces de colores de las atracciones contrastaban con la penumbra del local.

Gracias a esos destellos rojos y verdes la alcancé a ver hablando con unos tipos de facha ruda en el fondo, voltearse hacia mí para señalarme, y luego subir y bajar los hombros con esa actitud desinteresada que parecía ser la marca del país. Cuando por fin volvió a salir llevaba un sobre blanco en la mano y me lo entregó con un desparpajo que me sorprendió. Había pensado que la transacción requería disimulo y secreto, pero al parecer la cambista no creía que estuviéramos haciendo algo ilegal.

Cuando regresé al hotel, encontré a Nicolás el ejecutivo vociferando en el lobby. Tenía los ojos enrojecidos de furia y la corbata desabrochada.

— ¡Ya le dije que nos acaban de robar los computadores! —le gritaba al muchacho de la recepción—. ¿Es que acaso no tienen protocolos de seguridad en este hotelucho? ¿No le revisan los bolsos a los visitantes antes de dejarlos salir?

Nicolás tenía el pelo revuelto y rastros de saliva seca en la barba. Ya me imaginaba qué estaba haciendo cuando lo asaltaron porque siempre presumía de sus hazañas con prostitutas después de sus viajes. El muchacho de la recepción le dijo que lamentablemente lo único que podía hacer era ir a la policía, pero lo bueno era que seguro lo ayudarían porque el que nada debe, nada teme. Después sonrió, socarrón. Nicolás le dio un puño al escritorio y le gritó en la cara que si acaso no sabía quién era él. El muchacho le dijo que no, no sabía, pero con gusto le preguntaría a la policía. Hombros arriba, hombros abajo, igualito a la cambista.

Nicolás se volteó hacia la puerta donde yo estaba y, por la forma en que apretó los nudillos, pude ver que buscaba pelea. Moví la cadera de lado a lado para que el sobre blanco que me dio la cambista se me escurriera más entre los calzoncillos.

—A mí también me atracaron, patrón —le dije con la voz más patética que pude—. Esa calle de los cambistas es una trampa para turistas. Es que imagínese. Si le robaron a usted que ha visto tanto mundo, ¿cómo no me iban a atracar a mí?

La empresa le ordenó a los ejecutivos que regresaran ese mismo día. A mí me dejaron el tiempo que habían planeado originalmente porque era más barato que cambiarme el pasaje de avión. Pasé cinco días lindísimos turisteando, comiendo y bebiendo con los 500 dólares a 305 pesos que me vendió la cambista.

## Edificio 13, Unidad 2

*María Laura Mosqueira*  
(Argentina)

La noche que soñó que le pegaba una piña a un tiburón supo que era hora de mudarse. La ira se había ido acumulando dentro de ella en los últimos dos años. Odiaba a su vecino del piso de abajo. Había concentrado toda su frustración en un globo de rabia caliente y roja, como le había enseñado el instructor de yoga, pero en lugar de soltarlo en el universo, ella fantaseaba con estrellárselo en la cara a su vecino.

-¿Por qué tenés que exagerar todo siempre?

-Porque es un raztm.

¿Por qué no podía decir esa palabra en voz alta? Si lo caracterizaba de esa manera y era injusta, ¿qué decía eso de ella? Creía que lo era. Sentía que lo era, ¿o no?

-No, no es. No es muy amable. Es de la misma manera con el resto de la gente del edificio. Preguntale a la pareja de viejitos del primer piso, cómo estuvo despotricando durante media hora sobre los contenedores de basura comunales. Lo que pasa es que justo vivimos arriba de él.

Tal vez su marido tuviera razón, tal vez ella estaba paranoica. Desde el comienzo de la pandemonia había sentido acentuarse el es-

crutinio de su extranjería. Tal vez debería quedarse adentro hasta que todo pasara y no exponerse al miedo y la desconfianza que percibía en los otros. Igual, seguía creyendo que deberían mudarse. Insistió. Ya no tenían la escuela, así que no necesitaban seguir viviendo en el centro. Además, este departamento era demasiado grande para ellos y, sin el ingreso de la escuela, era mejor que buscaran algo más económico. Su marido estaba casi casi convencido. Entonces, su vecino el intolerante (según-ella), lo hizo de nuevo, y su esposo dijo que sí. Era tarde a la noche, se estaba poniendo frío, y su esposo, todavía trabajando frente a la computadora, decidió cerrar la ventana. Calculó mal, hizo fuerza de más, y las hojas de la ventana hicieron un ruido bárbaro al chocar. Un minuto después, su némesis golpeaba la puerta con estruendo. Ella estaba lista para salir a enfrentarlo. Agarró la escoba de camino a la puerta, pero su marido la detuvo.

—Nos ocupamos de eso mañana.

Pero no se ocuparon. En vez de eso, salieron a buscar un lugar nuevo donde vivir.

Era su tercera mañana en el departamento nuevo, ella se recuperaba del trauma que había sido mudarse durante los días residuales de la pandemonia. Volvía de recoger unos paquetes de la tienda ubicada en el *shopping mall*, casi vacío, al lado de su nuevo barrio cerrado. Siempre les había atraído esta parte de la ciudad por la multitud de árboles y la frescura que venía del lago. Fue la soledad, la quietud del lugar, lo que los convenció de cerrar el trato, a pesar de la tosquedad de la dueña del departamento, una mujer de edad mediana, con ropa y maquillaje caro, con una lengua grosera y opiniones clichés sobre todo el mundo. Había algo monstruoso en esa mujer, pensó ella, algo bestial, pero tal vez ya tuviera prejuicios contra la dueña: después de todo, la mujer la había acusado de romper el inodoro con su gran culo extranjero en su primera visita al departamento. No iba a olvidar ni perdonar pronto semejante acusación. Sin embargo, el departamento estaba buenísimo y el precio era ideal, así que lo alquilaron, a pesar de ser la propietaria agravante su futura casera. Había treinta torres nuevas, pero solo un tercio

habitado. El resto estaba todavía en construcción. Treinta torres nuevas que se parecían en todo. Incluso la decoración básica de los departamentos, provista por la compañía constructora, era la misma: mismas ventanas, mismas puertas, mismas cerraduras, mismos muebles, los mismos sillones en L frente a los mismos televisores de pantalla plana, las mismas mesas blancas con cuatro sillas blancas colocadas en el medio del comedor con lámparas de cristal colgando justo sobre sus centros. A la noche, cuando la gente prendía las luces de los comedores, desde afuera, podían ver brotar la fila de lámparas de cristal. Rara vez pudo captar, detrás de una puerta medio abierta, una chispa de individualidad, en la elección de un felpudo no-rojo o en la de un florero con flores frescas en vez de las de plástico baratas. Ellos también querían darle un toque de personalidad a su piso recién rentado: Departamento 2506, Edificio 13, Unidad 1. No tenían televisión, en su lugar pusieron las estanterías de libros. Las filas de libros multicolores en múltiples lenguas dibujaban un patrón rimbombante; ella estaba encantada, era tan snob, lo sabía. No tenían hijos, así que transformaron la habitación extra en la oficina de su marido. Colgaron cuadros y tapices que compraron durante sus viajes a diferentes partes del mundo, antes del tiempo de la pandemonia, obvio. Ni bien terminaron de colgar el último tapiz, un paño violeta traído de Tailandia, con elefantes bordados en hilos plateados, recibieron un mensaje de texto de la dueña del departamento. No cuelguen cosas en mis paredes. Bueno, demasiado tarde. Taparemos los agujeros con yeso el día que nos vayamos, en un año o dos, acordaron. Aunque les llamó la atención el momento de arribo del mensaje, entrado precisamente al terminar de clavar el último clavo, lo olvidaron rápidamente, ocupados como estaban desempacando y decidiendo dónde poner todo. La mañana siguiente pasó algo parecido. Habían justo terminado de poner las últimas cajas con su ropa de invierno arriba del ropero, cuando llegó otro mensaje de la dueña. No pongan muchas cosas arriba de los roperos que no son muy fuertes. ¿Cómo estaba haciendo eso? Buscaron cámaras ocultas. No había ninguna. Empero, esa sensación incómoda de estar siendo vigilados constantemente afloró de nuevo. La

habían sentido en los años siguientes a 2010, cuando empezaron a brotar cámaras en toda la ciudad, en las calles, en los negocios, en los lugares de trabajo. Ese sentimiento se adormeció en el vaivén de sus vidas ocupadas. Sin embargo, en los últimos dos años una nueva tendencia de vigilancia había comenzado a expandirse. Los propietarios ponían cámaras dentro de sus hogares para desalentar a los hombres-gato, ladrones conocidos por cometer asiduos crímenes durante las vacaciones de Año Nuevo, cuando las familias volvían a sus pueblos natales; o para vigilar a las niñeras contratadas para cuidar de aquellos niños cuyos padres trabajaban y no tenían parientes disponibles para ocuparse de ellos. Entonces, no habría sido completamente sorprendente si los dueños también hubieran puesto cámaras para espiar a sus inquilinos. Rechazaron esta última idea, igual. Era ridículo, e ilegal, por supuesto, por lo menos por ahora. No exageremos, se dijeron, y trataron de seguir su vida con normalidad, aunque la normalidad, de a poco, se volvía más y más difícil de definir. La última normativa era que debían escanear el código de salud antes de poder entrar a cualquier lugar, incluso a sus propios vecindarios, no importaba cuántas veces tuvieran que salir en el día. Y como su barrio cerrado era extrapomposo, tenían además que escanear sus caras para que la barrera automática se abriera. Aquella tercera mañana en el departamento nuevo la despertó otro sueño furioso. En el sueño discutía con alguien, gritaba. Le estalló el pecho de rabia. Se despertó jadeando y aliviada. No estaba lista para pensar qué significaba todo eso, redujo el foco de su mente a una lista urgente de cosas por hacer. Llamar al tipo de la internet, ir a buscar los paquetes, no olvidarse el teléfono porque si no no iba a entrar a ningún lado, no olvidarse de cargar el teléfono. Ahora estaba de regreso, con los paquetes cayéndosele de las manos mientras intentaba escanear el código QR. Detrás de ella, una moto eléctrica le tocaba bocina con fastidiosa insistencia porque una de sus cajas se había caído en el medio del pasaje angosto de la entrada, que por cierto no era la entrada de vehículos, esa estaba apenas unos metros más allá. Tenía calor y quería hacer pis. ¿Por qué la app tardaba tanto en abrir? Pateó el paquete fuera del camino y le

clavó una mirada de muerte al conductor impaciente mientras le pasaba por el lado. Si tuviera poderes mágicos, pensó, le haría volar las llantas. Extendió cinco dedos tensos hacia la moto, pero no pasó nada. Finalmente, la aplicación abrió. Le mostró el código verde al guardia y la dejaron entrar. Agarró el camino corto de vuelta al Edificio 13, se recordó. La última vez había doblado en el lugar equivocado y terminó dándole la vuelta a todo el vecindario hasta encontrar su torre. Supo que estaba perdida cuando se halló en un lugar medio escalofriante con edificios idénticos sin terminar. Esta vez estaba resuelta a tomar el camino correcto. Su GPS biológico no era confiable; se aprendió el camino de memoria. La primera señal era el árbol de flores blancas, al lado del lago artificial con cisnes de cobre. Pasó el primer edificio, dobló a la izquierda, caminó hasta la primera avenida con torres en ambos lados, dobló a la izquierda de nuevo y el Edificio 13 es el primero, justito a la vuelta. Por suerte la puerta estaba abierta de par en par. Llamó los ascensores y el de la derecha llegó primero. Cuando subió, le pareció extrañamente más ancho de lo que recordaba. Tal vez fuera el de la izquierda el más ancho. No fue hasta que alcanzó el piso 25 que empezó a sospechar que quizás se había metido en la torre equivocada, Edificio 13, Unidad 2. Aquel era el departamento 2506, sí, pero esa no era su puerta. Descoloridas decoraciones de Año Nuevo colgaban medio despegadas. Como nadie había vivido ahí hasta que ellos lo rentaron, unos pocos días antes, la puerta de su departamento estaba virgen de decoraciones de Año Nuevo. Había salido del ascensor sin mirar porque estaba revolviendo la cartera buscando las llaves, y no fue hasta que sus ojos se chocaron con el papel rojo y dorado que se dio cuenta de que esa no era su casa. Estaba pegando la vuelta cuando la puerta se abrió. Un abuelito con el pelo teñido de negro y un par de mellicitos montados en un pony de plástico, espalda con espalda, salieron del apartamento 2506. Sintió cómo le subía el color a los cachetes. Buscaba las palabras para explicar que se había equivocado, que lo sentía, que ya se iba. A pesar de doce años ahí y contando, todavía no había logrado dominar la lengua local.

—Zorra vieja, dijo uno de los mellizos apuntándole.

—Zorra vieja, repitió el otro.

Abuelito sonrió con una sonrisa suave e instó a los mellizos a saludar. Uno lo hizo; el otro derramó entera su botella de leche en los pantalones de ella. Rápido, dio un paso atrás. La leche no estaba caliente, pero la había desconcertado la afirmación en los ojos del pequeño de dos años de que aquello no era un accidente sino un ataque expreso y dirigido. Abuelito lanzó unas palabras de reproche e hizo que bebé número dos se disculpara, mientras bebé número uno la llevaba de la mano hacia el hall del departamento. Abuelita se acercó, atraída por la conmoción. Vio la mancha fresca de leche en sus vaqueros azules y no precisó ninguna explicación. Ágilmente, buscó un trapo en la cocina, lo mojó, la condujo hacia una silla en el comedor, la sentó y comenzó a limpiar la mancha. Ella se dejó conducir, sentar y limpiar. Qué gracioso cuando le contara la historia a su marido, y qué extraño que hubiera pasado el Edificio 13, Unidad 1 sin notarlo, como si hubiera sido invisible. Sus ojos recorrieron el departamento. Ahí estaba, la lámpara notoria colgando sobre la mesa, pero le faltaba una de las lágrimas de cristal. Con gentileza, puso sus manos sobre las ocupadas de Abuelita para indicarle que sus vaqueros estaban suficientemente limpios. No había problema. Iría ahora a su casa y los pondría en el lavarropas, tenía uno exactamente igual a ese, señaló al del balcón.

-Conocerlos a ustedes, muy contenta. Hasta verlos otra vez.

Abuelita puso diez dígitos sobre sus hombros y no la dejó levantar.

-Por favor sentar. Comer un poco de algo.

Mama puso un bol de gachas humeante frente a ella. Abuelita enjuagó el trapo en la cocina y encaró el segundo round contra la mancha persistente. Abuelito no salió de paseo con los mellizos, al final. Los dejó en su rincón de juegos y cerró la puerta. Luego, se arrodilló frente a ella, tomó sus zapatos y los reemplazó por un par de cómodas pantuflas. Le sacó la cartera y la colgó junto a la puerta. Su teléfono estaba en la cartera. Todo se había desarrollado con tanta amabilidad que no se atrevió a protestar. Bueno, pensó, se iría

ni bien terminara de comer las gachas que olían dulce. Su intento de iniciar una charla desencadenó una secuencia de ojos parpadeantes. La puso triste, de pronto, la esterilidad de su esfuerzo por comunicarse. Debería poder hablar fluido a esta altura. Terminó de comer en silencio, todos los miembros de la familia mirándola, complacidos. Mama estaba sentada frente a ella, lista para servirle más. Abuelita había vuelto a la cocina. Los mellizos jugaban en el rincón. Abuelito acomodaba los zapatos junto a la puerta. Baba había salido del baño con la mitad de la cara recién afeitada y la otra mitad cubierta de espuma cremosa y blanca. Todos parecían absortos en sus tareas, pero, mientras se apuraba a tragar las últimas cucharadas, podía sentir el parpadeo de sus ojos brillantes sobre ella.

— Gracias-gracias, dijo, empujando el bol con delicadeza y cubriéndolo con la mano para que Mama entendiera que estaba llena.

Se paró. Los mellizos empezaron a llorar a los gritos, un chillido agudo y espeluznante que solo se detuvo cuando Abuelito le dio un suave empujón en el hombro, la condujo al sillón en L en el living, y la invitó a sentarse. Abuelita puso dos tazas de té verde y un plato con nueces y mandarinas frente a ella sobre la mesa ratona. Con más firmeza esta vez, ella se puso de pie y señaló que era tiempo de partir, pero los mellizos comenzaron a chillar de nuevo, y Abuelito asió el rompenueces y se apretó el meñique con tanta fuerza que ella temió que fuese a cortárselo.

— Deténgase — dijo, y se sentó—. Bebo y luego me voy.

Parpadearon y sonrieron con una sonrisa superficial. Se tragó el té muy rápido y se quemó la lengua y la garganta. Abuelita dio un gritito de alegría y corrió a buscar hielo. Lo puso en un trapo limpio y le mostró cómo chuparlo para aliviar el dolor. Hizo lo que le ordenaba, pero aun así se paró resuelta a alcanzar su cartera. Baba se cortó un cachete con la navaja de afeitar y le indicó que no se moviera. Los mellizos, con el ceño fruncido, se le acercaron, la tomaron cada uno de una mano y la hicieron sentar. Se hundió otra vez, su voluntad medio derrotada, en el sillón. Mama prendió la televisión. Ella rogó con palabras que sabía no podían entender, se estaba haciendo tarde y su esposo la esperaba en casa, y ya era

hora de partir, por favor. Mama comenzó a pegarse con el control remoto en la frente, Baba hizo un tajo más profundo en su mejilla, Abuelito se estrujó varios dedos con el rompenueces, y los mellizos aullaron más y más fuerte.

—OK, se rindió, cinco minutos miro show luego me voy.

Esperó nerviosa hasta que todos volvieran a sus quehaceres. Quizás si quedaba bien quietita se olvidaran de que estaba ahí, y podría deslizarse en silencio fuera del departamento. Milímetro a milímetro, arrastró su trasero hacia el final del sillón, pero Abuelita vino y se sentó y entrelazó su brazo con el de ella, como si fueran amigos de toda la vida. Desenganchó su codo del de Abuelita. Inmediatamente, Abuelita empezó a morderse el labio. Vio la hilera de dientes perlados mordiendo con ferocidad y perforando la piel, donde aparecieron brillantes gotas de rojo. La sinfonía de daño y dolor comenzó otra vez. Se congeló. Ellos dejaron de lastimarse. Intentó escaparse un par de veces más, cada una con el mismo resultado, cada vez, con menos y menos convicción. La desesperación fue dando lugar a la impotencia, y esta a su vez, con el tiempo, transmutó en aceptación. La necesidad de regresar junto a su esposo, una luz tenue, desvaneciéndose en el fondo de su mente.

## Comida típica de mi país

*Daniel Castelo*  
*(Uruguay)*

—Te tengo una buena noticia. Hoy será día de comida peruana —me dice mi patrona con una sonrisa a la que no le importa lo que sucede en mi rostro—. Vamos a pasarla genial —agrega como si fuera una muñeca a pilas repitiendo el mismo parlamento una y otra vez.

Una vez al mes, sus amigas se juntan a comer comida típica de todas partes del mundo, siempre en su casa, porque a La Señora le encanta ser anfitriona y prepara la reunión como si fuera la celebración del año. Desde que trabajo para ella, hemos tenido comida vasca, venezolana, japonesa, china (yo que pensaba que eran iguales), mexicana y española. Mi día pasa de ser común y corriente a uno especial, porque voy a estar un poquito más cerca de mi querido Perú, algo que me gusta, pero que a veces me hace mal.

Para cada ocasión, la patrona coloca música, decora el salón y hasta compra productos del país de turno, pagando fortunas que para ella no valen nada, pero que para cualquier mortal son todo un dineral. “Es como viajar a otro país en solo unos minutos”, me dice,

necesitada de contarme sus ideas como si yo fuera la encargada de certificar su inteligencia.

Mi patrona podría comprar la comida o contratar un chef, pero le gusta cocinar para jactarse con sus amigos y usar lo aprendido en no sé cuántos cursos de cocina. Yo me encargo de absolutamente todo “lo otro”, que incluye limpiar, servir a los comensales, poner y levantar la mesa y vigilar a los niños, que disfrutan de estas noches con toda la libertad del mundo, jugando con sus celulares y pidiendo pizza como si estuvieran en un hotel.

La patrona me lleva a la mesa y me muestra todas las cosas que compró recorriendo los mejores supermercados y buscando por Internet. “Me salió carísimo”, me dice seria, “pero los ingredientes son la base de cualquier comida ¿verdad?”. Veo los logos de cada paquete y me viene una nostalgia que me hace sentir una estúpida, porque cada marca, slogan y combinación de colores me recuerda a los días lejanos en mi Perú natal. ¿Quién iba a decir que iba a extrañar un paquete común y corriente de maíz mote, una botellita de ají de la más barata, o una bolsa de papa seca, como si fuera la cosa más valiosa del mundo?

Mientras mi patrona cocina, le gusta cantar y dar órdenes como si fuera la capitana de un barco donde yo soy su única tripulación. Me cuenta que está indecisa y que quizás haga tamales, como los que hacíamos con mi vecina Olinda cuando venían sus hijos desperdigados por todo el país, ají de gallina, como el que cocinaba mi tía Sami a la perfección, con una receta secreta que nunca pude descubrir y que quizás ni ella misma conocía, y carapulcra, como la que compraba en el mercado cuando era niña y que nunca más pude encontrar en mi adultez. “Ceviche no, porque nada puede superar al restaurante de la costanera”, me dice como si fuera obvio. Espero que en ese restaurante al menos haya algún peruano ganando bien, y no sean todos gringos cocinando comida de mi país.

Doy una vuelta por el comedor para ultimar detalles y veo varias guirnaldas de pompones coloridos que cruzan en todas direcciones, unas llamas de bronce sobre la mesa y unos adornos pequeños que

parecen réplicas de Machu Picchu, seguramente traídos de alguno de sus viajes.

Subo a ver a los niños, que de niños no tienen nada porque a esa edad en mi pueblo podrían ser hombres y mujeres, y me ofrecen pizza contentos. Cuando vuelvo a la cocina algo ha pasado, porque mi patrona está con las manos sobre la cabeza en un ataque de nervios.

— ¡Se quemó! No sé qué hice, pero los tamales están arruinados y el ají de gallina tiene gusto a engrudo. Tenés que ayudarme —me dice desesperada.

Me acerco a ver el supuesto desastre y lo pruebo pensando si debo decirle la verdad o una mentirita blanca. Siendo sincera, todo se ve y sabe horrible, por lo que decido admitir que se ha echado a perder, con miedo de cuál puede ser su reacción.

— Tenés que ayudarme. ¿Vos sabés cocinarlos, verdad?

— Puede ser... —le digo, perdiendo otra oportunidad para mentir.

De un segundo para otro, me transformo en chef y ella en mi ayudante. “Señora, corte la cebolla bien chiquita”, “el fuego tiene que estar más bajo”. “Señora, tiene que batir mejor...”, y mil instrucciones de ese tipo que nos hacen cambiar de roles y me hacen sentir un poco de placer de tenerla a mi antojo. Mi patrona responde a toda velocidad y poco a poco recupera la confianza.

Recuerdo las recetas familiares, y aunque no tenga el ingrediente secreto de mi tía Sami ni la mano de mi vecina Olinda, tengo todo lo que se precisa para repetirlas una vez más. Cuando le doy de probar el resultado final, me aplaude contenta y se va corriendo a cambiarse. A esa altura yo tengo los ojos llorosos, porque todo sabe a Perú, incluida la música, pero mi uniforme y el aire en el ambiente me dejan claro que estoy muy pero muy lejos.

A la hora señalada los invitados de mi patrona comienzan a llegar contentos. La mayoría me saluda cortésmente, pero Lucía, una amiga de la infancia de La Señora, me da un beso y un abrazo sincero, porque es una de esas personas acostumbradas a saltar todo muro de protocolos y convenciones sociales. Ya que un invitado recuerde mi nombre, y no sea solo “La Empleada”, me parece todo un acontecimiento.

“¿Cómo estás, Nuna?”, me dice mirándome a los ojos como si nos conociéramos de toda la vida, aunque sabemos poco y nada la una de la otra. La gente buena es así y listo. Mientras comen el aperitivo, yo me encargo de servir copas y de hacer que todo “funcione a la perfección”, como le gusta decir a mi patrona.

—Qué casualidad. Hoy comida peruana y vos sos de Perú ¿verdad, Nuna? —pregunta Lucía con simpatía, aunque hubiese preferido la indiferencia del resto.

—Si, de allá soy —le digo mostrando mi sonrisa oxidada.

—¿Hace mucho que estás en el país?

—Mucho sí... ya pasaron ocho años —le digo bien bajito, porque solo quiero hablar con ella.

—¿Vas seguido?

—No, señora... desde que vine, no he podido ir a visitar —le digo, bajando la mirada para que no se note la tristeza.

—¿De qué parte de Perú sos? —pregunta un hombre alto y delicado que parece saber toda la geografía del planeta.

—De un pueblito cerca de Trujillo.

—Yo estuve por allá. Esa zona de Perú es hermosa: Chan Chan, Huanchaco, el complejo del Brujo, la Huaca del Sol y de la Luna... el centro de la ciudad y la playa son muy bonitas también...

El hombre se pone a hablar y me quita protagonismo. Menciona lugares que conozco de nombre, aunque la mayoría nunca los he pisado en mi vida, porque para mí Perú son los veinte kilómetros alrededor de mi pueblo, donde tengo todo lo que preciso, salvo algunos billetes para que la familia viva mejor. Del resto de mi país, me alcanza con saber que está allí sin necesidad de conocerlo. Está en la tele, en la gente que va y viene, en los productos que llevan los camiones pueblo por pueblo y en ese sentimiento de sentirnos parte del otro sin mayores presentaciones.

De inmediato todos comienzan a hablar de Perú y de viajes a los rincones más famosos y exóticos de mi tierra, algunos de los que conozco el nombre y otros no. Yo me voy rápido a arreglar cualquier cosa y les recargo las copas de pisco pensando que así puedo acelerar las cosas. Cada vez que escucho sus risas, me vienen

a la cabeza las comilonas en casa de Olinda, o las que hacíamos en casa para festejar, porque los pueblos siempre encuentran la forma de celebrar, aunque nosotros nunca hayamos tenido necesidad de preparar platos típicos de otros países, porque demasiado tenemos con lo nuestro.

Al momento de comer, los invitados se deshacen en elogios a mi patrona que respira aliviada y me elude la mirada. Yo miro los platos con algo de culpa, como si tuvieran vida propia y me estuvieran reprochando la traición por usar mi receta familiar en esta casa.

Luego de la comida, la selección musical y los temas de conversación se van haciendo más extraños. Ahora se escucha una música peruana tocada por violines que no había escuchado antes. Me da la impresión de que a la música también le han puesto un uniforme igualito al mío. Los invitados hablan de política, historia y geografía de mi país, y yo trato de no escucharlos.

Cuando me quiero acordar me doy cuenta de que los comensales están muy cerca de la borrachera y se ríen de cualquier cosa. Los “niños” de la casa bajan a ver la escena y suben contentos de haberse librado definitivamente del poder de los adultos.

—Es hora de brindar —dice el hombre elegante y educado—. ¡Por los amigos! —propone elevando la copa entusiasmado.

—¡Por la comida! —dice Marisol con la cara colorada.

—¡Por Perú! —dice mi patrona contenta, poniendo un tono mejicano en la voz, como si quisiera sonar peruana.

—Si vamos a brindar por Perú, hay que invitar a Nuna —dice Lucía hablando despacio y reflexiva como siempre, pensando que me hace un favor, pero metiéndome otra vez en un aprieto.

Todos me llaman al unísono, como si me estuvieran vitoreando, y no sé dónde esconderme de la vergüenza propia y ajena. Me acerco tímida, el hombre educado me llena una copa ante la mirada de condena de mi patrona y luego brindamos por mi país.

“Por Perú”, dicen todos eufóricos, con voz fuerte y segura, que podría ser de reyes o conquistadores. Yo lo digo despacio, pero de una forma que es capaz de atravesar selvas, desiertos y montañas, hasta llegar a mi pueblo y a los oídos de la gente que quiero. Luego

de brindar, tomo la copa de un trago y me voy a limpiar a la cocina con los ojos llenos de lágrimas, dejando que mis manos hagan el trabajo, mientras el resto de los comensales siguen sus charlas extravagantes.

Unos minutos después, la puerta de la cocina se abre y no quiero ni mirar, porque estoy segura de que es mi patrona, que viene con algún capricho de última hora. Sin embargo, unos brazos cálidos me abrazan con la misma familiaridad con que lo harían mis afectos allá lejos.

—No me puedo imaginar cuánto extrañás a tu gente —me dice Lucía con su voz bella y transparente, que me hace liberar la angustia acumulada bajo años y kilómetros de distancia, dando lugar a una mezcla de sensaciones fermentadas en mi interior.

Me doy vuelta despacio y veo que ella también tiene los ojos llorosos. Las dos nos quedamos viendo nuestros rostros bien cerquita, como si fuera un espejo al que no le importa nuestra raza y nuestra historia. Luego se sonríe, toma el trapo y comienza a secar los platos al lado mío.

—Vaya a hablar con el resto —le digo en voz baja.

—Ya estoy cansada de tanta conversación —me dice sin dejar de sonreír—, mejor te ayudo.

La compañía de Lucía me tranquiliza y, sin pensarlo, me pongo a tararear una canción de mi infancia, que mi nueva compañera sigue a la perfección. Por unos minutos las dos viajamos a mi pueblo, donde el aire es más liviano y el silencio es el pan de todos los días. Estos minutos de paz me permiten dejar la noche atrás, esta noche rara y especial, donde mi tierra ha estado demasiado cerca y lejos a la vez.

—Un día te voy a invitar a comer comida peruana de verdad, preparada con amor. Aparte esta música es un desastre.... —le digo sonriendo.

—Me encantaría —me dice Lucía con una sonrisa sincera, de esas que se encuentran, gracias a Dios, en todos los países.

## Juani de barro, Juani de colores

*Fernanda Rodríguez Briz*  
(Argentina)

Juani resopló. Nunca antes había caminado tanto.

—Papi, ¿me alzas?

Su papá lo miró desde arriba y le respondió:

—Un poquito más Juani, un poquito más. Luego te alzo.

Y él siguió, siguieron, una mano entrelazada con la otra.

Juani sabía que no lo iban a alzar, que ya estaba larguito, como decía su abuela. A su hermana la alzaban porque todavía era como una bolita, tenía esa forma.

Al menos él tenía zapatillas, no como los otros nenes o los otros papás, que caminaban descalzos. Ya no eran rojas como cuando salieron, ahora no se les veía el color. O mejor dicho se habían vuelto de color barro.

—Se me ensuciaron, papá —las señaló Juani.

—No te preocupes, cuando llegemos las lavamos.

Su mamá iba adelante con un bulto grandote en los brazos. Dentro del bulto, envuelta en muchas mantas de colores, estaba su hermanita. Era fácil distinguir a su mamá sin siquiera levantar los ojos porque era la única con zapatillas de barro iguales a las suyas.

Al principio el papá y la mamá habían decidido usarlas un día cada uno, él los había escuchado decir eso, pero terminó usándolas más ella.

El barro es lindo para hacer tortitas de mentira, pensó Juani, pero en los pies duele.

Durante todo el camino lo único que se escuchaba era un “¿estás bien?” tras otro, siempre suavcito, “¿estás bien, estás bien?”. A Juani eso lo hacía sentir seguro. Nunca se escuchaba un “sí”, solo se movía la cabeza un poquito y con eso bastaba.

De pronto dio un respingo que sobresaltó la mano de su papá e hizo surgir su propio “¿estás bien?”. Juani sin hablar respondió que sí, que estaba bien. Lo que ocurría en su cabeza, sin embargo, no estaba nada bien. Se ocuparía de ese tema ya mismo, no hacía falta decirlo con palabras, para afuera, a los grandes; podía resolverlo él solo adentro suyo. Iba a ser lindo tener algo en qué pensar mientras caminaba bajo la llovizna.

Lo que pensó, el problema que de pronto se le presentó como un rayo, fue que si ese camino era tan largo, tan largo... tan demasiado largo... no iban a acordárselo cuando quisieran volver a casa. Miró hacia atrás sin dejar de caminar y vio que había quedado muy lejos el grupo ese de árboles altos que habían cruzado hace... (¿cuándo había sido, hoy?, ¿o habrá sido ayer?).

Pensó, seriamente preocupado, que si esos árboles que todavía recordaba estaban así de lejos, más aún lo estaría el puente aquel hecho solo con ramas, la cueva donde pasaron una noche fría, la arena rubia de cuando bajaron del bote. Todas cosas que habían existido hace mucho y de las que ahora casi no se acordaba del todo. No, no podrían encontrar el camino de regreso a su casa. Tenía que buscar una solución.

Entonces se le ocurrió: ¡marcar el camino! El cuento que su mamá le había leído una noche, todavía con su hermanita dentro de la panza, ¡esa idea iba a usar! Se llamaba Hansel y Gretel (le costó recordar esos dos nombres tan extraños; en su pueblo había un Joaquín, dos Marías, un Jesús, dos Pedros y una Elisa, pero no nombres como esos dos).

Sacó de su bolsillo el restito de su pan y le arrancó de adentro un pellizco.

—Juani, todavía no, cuando llegemos comeremos juntos — su mamá y el bulto grande se habían dado vuelta hacia él—. Recuerda lo que hablamos.

Lo que hablaron, era cierto: no iban a comer mientras caminaran, iban a comer recién cuando se sentaran a descansar con los demás. Juani volvió a guardar el pan en el bolsillo y el pellizquito en su boca.

Pensándolo bien, no iba a ser buena idea la de tirar miguitas, no iba a servir. A los dos niños de nombre raro no les había servido. Se imaginó marcando el costado del camino con comida de verdad, como platanitos, o algo más pequeño quizás, granos de arroz o frijoles, las cosas que comían allá, en su tierra. Pero solo lo pensaba como un juego dentro de su cabeza: aunque tuviera todo eso no iba a servir tampoco, la gente que venía caminando atrás se lo comería todo antes. Antes de dar la vuelta para volver a su tierra.

Entonces Juani pensó en otra historia y su cara se iluminó. Sin darse cuenta se le escapó un grito:

—¡El mago, sí!

Su mamá se dio vuelta y le regaló una carcajada.

—¿Qué dices?

—Nada, nada, una cosa mía —respondió él con un gesto, el mismo que uno hace cuando le vuela una mosca en la cara. Ahora fue su papá el que se rió fuerte.

La del mago, esa sí le serviría, su abuelita se la había contado. Como ella no sabía leer de los libros, como sus papás, sacaba las historias de adentro de su cabeza. Le había enseñado también a él a hacerlo y en las noches, cuando apagaban la vela, él probaba y le salían, aunque no tan lindas.

Se puso a recordar aquella historia, era así: un mago tenía que cruzar un bosque de árboles malvados para llevarles comida a unos niñitos. Pero claro, como era mago, no era comida de verdad la que llevaba (su abuelita le explicó que hubiera sido muy pesado cargar mucha comida en la mochila y por eso él, su mamá, su papá y su

hermanita tampoco llevarían mucha). Entonces la historia seguía así: ese mago cada vez que quería hacer aparecer comida usaba un truco: mover la mano sobre su panza haciendo círculos, de bien grandotes a bien chiquitos, rápido, rápido. Y ahí se formaba algo, lo que él quisiera, algo transparente que ni el mismo mago podía ver, pero igual lo sacaba del ombligo y se lo daba a los niños.

Juani pensó que esa historia podía servirle para sacar cosas con las que pudiera marcar el camino y encontrarlo después. Tenía que probar esa magia. Frotó los círculos sobre su panza (primero grandes, luego chicos, cada vez más chiquitos) hasta que, igual que el mago, sacó del ombligo una piedra azul que brillaba mucho, como si tuviera adentro mil soles. Era cierto que las cosas mágicas que sacaba no se veían, pero por alguna razón él sabía cómo eran, hasta lo-graba sentir su peso en la mano. La piedra azul y las demás piedras de colores que siguió sacando se veían muy claras en su cabeza.

Así estuvo un buen rato. Ahora hasta quería seguir caminando para no dejar de hacer esa magia.

Fue dejando cada piedra en un tronco de árbol o en una rama y siguió sacando más y más. Resolvió dejarlas todas en los árboles (y no en el suelo) porque así, desde arriba, iban a iluminarles el camino mucho mejor. Cuando se cansó de las piedras sacó una especie de huevo gigante rojo, luego una pelota grande, del tamaño de la de su vecino Pedro, de color verde, una estrella celeste, y otra más, enorme y amarilla como el mismo sol. No era difícil, con magia no costaba nada hacer aquellas cosas y ponerlas en los árboles, era cosa de mover la mano así y luego así... y ¡zaz! ya volaban y se quedaban sobre las ramas.

Miró hacia atrás, cada árbol ahora era pura luz, cada uno de un color distinto.

—Mira, papá, qué hermoso.

Su padre se dio vuelta sin dejar de caminar. En ese momento el sol se abría paso por entre las nubes, tras la llovizna.

—Sí, hijito, es realmente hermoso.

Su tierra, allá, tan lejos, ya estaría a oscuras a esta hora, pero allí, en esa nueva tierra, aún brillaba la luz. Una lágrima se le des-

colgó y cayó al barro, los que caminaban detrás suyo la pisarían sin verla.

Juani, sabiendo que su papá, igual que él, veía el espectáculo de los árboles con luces, tuvo ahora más confianza para seguir marcando todo el camino con su magia. Así siguió un buen rato, sacando luces de mil formas distintas de su ombligo y colgándolas en los árboles.

La noche comenzaba, la última luz se estaba yendo a descansar, pero todos seguían caminando. Juani se miró la ropa, las manos, luego los brazos, la panza, las piernas y se preocupó.

—Papá, ¿tú me ves?

El papá sonrió.

—Claro, hijo.

—Oye, mamá, ¿tú, tú me ves?

—Claro, mi Juani, cómo no. Tan hermoso como cada día —y volvió a darse vuelta.

Juani supo que algo pasaba, que algo raro pasaba con él. Se asombró de que los grandes no se dieran cuenta, ¡si se veía diferente, si se veía sin colores! Su chomba, por ejemplo, no tenía el color de siempre, sus manos tampoco. Ni sus brazos. Todo él había perdido los colores, todo él era gris ahora (aunque tampoco era gris del todo... ¿qué era?). Ay, pensó, ya sé, me estoy destiñendo (esa palabra se la había escuchado a su abuela, que lavaba mucha ropa y sabía de esas cosas).

—Pero, papá, ¿tú no ves que me estoy destiñendo?

—¿Destiñendo, dices? No —rió.

—No tengo mis colores, papá, no los tengo más, me estoy destiñendo. Se me han perdido por el camino. ¡Mira! Los de la ropa, los de las manos. ¿Se habrán quedado allá, en la casa?

Su papá sabía de lo que hablaba, porque él también se sentía así, desteñido.

—Los colores volverán, Juani, ya verás. Cuando lleguemos, de a poco, volverán.

Juani se tranquilizó pero, por las dudas, decidió dejar de sacar cosas mágicas de su ombligo por esa noche. No fuera cosa

que, por pensar tanto en regresar, siguiera perdiendo los colores uno por uno.

\*

Días, semanas más tarde (Juani no entendía cómo los grandes podían saber eso), llegaron. Hubo gritos de alegría, abrazos, lágrimas y aplausos. Su papá al fin lo alzaba y lo hacía volar hasta el cielo, bien, bien alto, girar como si fuera un trompo allá arriba y bajarlo para morderle la panza y desarmarlo en cosquillas.

Al principio Juani no sabía cómo se llamaba ese lugar. Cuando se lo dijeron repitió mil veces ese nombre hasta grabárselo, lo mismo que había hecho con los de Hansel y Gretel.

Seguía preocupado, eso sí, porque no importaba cuánto se mirara, no se encontraba el color, se había desteñido de verdad.

\*

Los días eran ahora más divertidos, ya no hacía falta caminar. Comían rico, dormían en una carpa verde oscuro y unas señoritas los invitaban a jugar, ¡si hasta sacaban cuentos de sus cabezas, igual que lo hacía su abuelita! Juani volvió a sonreír de a poco y un día se encontró riendo con sus nuevos amigos hasta caerse al suelo.

Una mañana cualquiera un rayo de sol lo despertó. Ni bien sacó los brazos fuera de la bolsa de dormir, gritó:

—¡Papá, mamá, miren, miren!

Tenía los ojos bien abiertos, enormes, pero no sabía si todavía estaba adentro de un sueño.

—Shhh... ¿Qué pasa mi Juani, qué tienes?

—¡Mami, mira. Papi, mira! ¡Mis colores —decía, extendiendo los brazos, las piernas, los dedos— mis colores están regresando!

Sus papás y hasta su hermana bolita lo abrazaron fuerte.

—De a poco nos regresarán, Juani, a todos. Nos regresarán a todos, verás. Quizás sean distintos a los que teníamos antes, quizás sean otros, nuevos, diferentes, pero volverán, claro que volverán.

—Sí, mami, son diferentes.

—¿Y te gustan?

—Sí, son lindos —bostezó entre sus brazos—, son muy lindos, me parece que puedo acostumbrarme.

Las zapatillas, otra vez rojas, lo esperaban junto a su mochila. Fue lo último que vio antes de cerrar los ojos para seguir durmiendo un rato más.

## La Argentina

*Elena Cienfuegos*  
(España)

*A mi madre*

Mi madre nació en Argentina. Un domingo por la mañana.

Mi abuela estaba de paso por Buenos Aires, nunca supimos por qué, y mi madre, al oír desde dentro aquel acento maravilloso, no pudo resistirlo y se precipitó hacia él.

Nació con una sonrisa. Como no lloraba le dieron un cachete. Soltó una carcajada.

En cuanto mi abuela estuvo recuperada, volvió a Galicia y mi madre se crió en un pequeño pueblo de la costa atlántica. Los otros niños se burlaban del acento argentino de aquella niña que no había pasado más que unos días en aquel país —los mayores también. Mi abuela la trataba de loca y mi madre defendía su título, orgullosa, feliz.

Mi madre creció sin echar raíces, en una tierra que no le correspondía, que no la aceptaba. Esto le otorgó, a su cuerpo y a su espíritu, una ligereza fascinante, palpable.

Cuando andaba o corría daba la sensación de que sus pies nunca

llegaban a tocar el suelo. Cuando hablaba o reía parecía no tomarse la vida demasiado en serio.

A mi madre le gustaba volar cometas en el aire. Los domingos por la mañana subía a la colina que se alzaba detrás de la casa de mi abuela. Echaba a correr ladera abajo, soltando carrete, con el viento del norte como aliado y, cuando la cometa volaba bien alta y se le terminaba el hilo, la soltaba y le deseaba un buen viaje a Argentina.

Mi madre bebía mate, comía empanadas y merendaba dulce de leche con pan.

Bueno, en realidad comía lo que mi abuela le ponía en el plato, que solía ser caldo de grelos, y bebía agua del pozo. Pero mi madre les cambiaba el nombre y felicitaba a mi abuela por lo bien que le habían quedado: «Vieja, ¡la empanada le quedó rebuena!».

El día en que mi madre cumplió dieciocho años, mi abuela le regaló una camiseta con los colores de la bandera argentina, blanco y azul claro, y la echó de casa. «Así, si me arrepiento de mi decisión, te encontraré», le había dicho mi abuela antes de cerrar la puerta —mi madre la vistió hasta el día de su muerte, mi abuela jamás la buscó.

Mi madre olisqueó el aire y sintió que era domingo por la mañana. Agarró una de sus cometas —su favorita, la del sol dorado—, subió la colina que se alzaba detrás de la casa de mi abuela y echó a correr ladera abajo, soltando carrete, con el viento del norte como aliado. Cuando la cometa voló bien alta y se le terminó el hilo, mi madre se agarró con fuerza. Su cuerpo sin raíces se alzó en el aire con una sonrisa.

Los niños salieron a la calle para gritarle loca —los mayores también. Mi abuela no salió de casa. Entonces, el viento del norte cambió de dirección, abofeteándola. Ella soltó una carcajada. Galicia se fue haciendo cada vez más pequeña bajo sus pies y, rumbo al oeste, el Océano Atlántico no tardó en inundarlo todo. Tras varios días de viaje, la cometa fue perdiendo altura hasta aterrizar, con delicadeza, en Buenos Aires.

Yo nací en Argentina. Ese mismo día.

Como le había pasado a mi madre, yo tampoco pude resistir la tentación de verme rodeada por ese acento maravilloso y me aba-

lancé sobre él sin pedir permiso. A mi madre no le sorprendió, me recibió con una sonrisa, parecía estar esperándome.

Yo crecí bebiendo mate, comiendo empanadas y merendando dulce de leche con pan. De los de verdad. Los domingos por la mañana, cuando los niños del barrio iban a volar cometas en el aire, mi madre no me dejaba salir de casa. “Quedate acá. Volar cometas es cosa de boludos, ¿vos querés ser una boluda?”. No, claro que no.

Mi madre murió en Argentina. El día en que yo cumplí dieciocho años.

Al volver a casa del hospital encontré mis regalos de cumpleaños sobre la cama: una camiseta con los colores de la bandera gallega, blanco y azul claro, y una cometa con una estrella roja de cinco puntas. Sonreí y una corriente de aire abrió de par en par la ventana de mi habitación. Lo olfateé: era domingo por la mañana.

## Migas de pan

*Mirta Leonor Rodríguez*  
(Argentina)

Corría cuesta abajo con el corazón desbocado más por la ansiedad que por la carrera que ya no podía detener, sabiendo que esa noche la llevaría a la fiesta, pero ignorando que seguiría su descenso quién sabe hasta cuándo.

En la mitad del camino, el caracoleo del sendero le permitió distinguir los candiles de San Tirso de Abres, apenas un poblado perdido entre la belleza de los montes boscosos de Asturias, en el tiempo, también perdido, de un respiro de paz entre una guerra mundial de la que poco sabía y otra, civil, que ni siquiera imaginaba. Con sus veinte años, el mundo se reducía a una aldea con apenas veinte almas, inviernos con nevadas que obligaban a recluirse con los hermanos en el hórreo, recibiendo el calor y escuchando, debajo de las tablas, el resoplar de los animales con los que sobrevivían, hasta que las primaveras frescas los devolvía a los arduos surcos de la quinta familiar, que año a año alcanzaba para menos. Pero esa noche era verano, era fiesta, era un amor que esperaba, a la vera del río Eo, que todo lo daba, y al que bajaba por “cuestacorta” a lavar en sus aguas heladas y transparentes, que corrían apuradas

hacia el mar Cantábrico hirviendo de truchas y salmones. Valía la pena haber escapado por el ventanal de la casa de piedra apilada, que ofrecía salientes donde hacer pie para deslizarse hasta el piso rocoso, temblando con el deseo del encuentro tramado entre cánticos a la vera del río que reunía a todos, siempre unos pocos. El río que separaba en los mapas a Lugo de Asturias, pero no a su gente.

*Os zapatos piden medias  
as medias piden zapatos,  
las rapaciñas bonitas  
piden rapaciños guapos.*

Era la hermana mayor, aunque de noche solo tenía permiso para ir a trabajar a la huerta, mucho antes de que el sol asomara. Esa era, y sería, la única vez de la desobediencia, del primer beso, las promesas y el valer la pena.

Felicitas era morena, bonita, menuda, ágil, con un brillo inquieto en la mirada y una sonrisa alumbrada por un hoyuelo titilante a cada lado de una boca pequeña. Constantina, su hermana menor, también era de baja estatura, con caderas generosas como la osadía optimista con que proponía siempre una aventura.

—Si pides a padre que te deje ir de romería se le irá el santo al cielo, y a ti al infierno —alentaba Constantina—, te ayudaré a entrar y salir por la ventana, ya verás que podrás.

—Si me ven...

—Tú eliges, ya sabes que las ventanas son para huir y las puertas para partir.

La música de las gaitas la animó tanto como las castañuelas que avivaban la verbena. Solo faltaba para llegar atravesar el trecho abrupto y la enramada de los manzanos. Iba vestida con sus mejores galas, pollera ancha y larga, una pañoleta sin bordes de terciopelo, que solo lucían las del llano, cruzada sobre la blusa blanca, blanquísima y planchada con esmero que usaba para las misas, y el consabido pañuelo que dejaba ver sus cabellos rizados y oscuros. La esperaba José, el panadero de otro caserío, el hijo mayor tam-

bién de los que hacían pan desde la semilla, la espiga, la malla del trigo, el amasar sin descanso y las delicias de todos los días. Desde siempre, uno había tenido solo ojos para el otro, todo se limitaba a miradas largas desde el borde del río donde ella lavaba, mientras él acarreaba canastas que repartían pan y aromas por doquier, como esa noche las castañas asadas en grandes latones que giraban sobre las brasas.

José se adelantó en el sendero para recibirla, le tendió la mano y bajaron bailando la alegría que no perdían nunca, a pesar de la vida dura y las carencias que apenas notaban.

Felicitas vivió las horas más cortas hasta que sonaron las campanas de la ermita, sentados en los escalones se prometieron amor eterno, se dieron los primeros besos e intercambiaron corazones de migas de pan.

— Pareciese que en mi vida hasta las promesas se hacen con harina — dijo José sonriendo, mientras Felicitas temblaba con un escalofrío premonitorio al sentir que el obsequio parecía desvanecerse entre sus dedos.

— Mañana bajaré con Constantina a lavar, espero verte, aunque sea de lejos — aseguró Felicitas —. Hasta mañana — agregó con un estremecimiento.

— Estás temblando, ¿tienes frío? — preguntó José, que con gesto amoroso le ató el pañuelo sobre sus hombros—. ¡Qué guapa luces con el pelo suelto! Hasta mañana, amor.

Y el mañana llegó, sin que pasara un día para que saludaran a su madre a toda voz.

— Buen día tengamos hoy, bonita, ¡qué bien bailaba ayer tu niña en la fiesta del prado!

Y llegó otro mañana en que cayera sobre Felicitas la sentencia.

— Las cosas están muy mal por aquí, tú bien lo sabes. Mi comadre conoce quien paga los gastos y el pasaje para una mujer joven que ayude en la cocina de una familia rica en la Argentina. Si tienes edad para hacer lo que quieres aquí, también la tendrás allá.

Y el mañana que deseaba no llegó, pero sí el descenso en carro,

por “cuestalarga” junto a dos muchachas más jóvenes aún que bajaban desde Taramundi, otra aldea olvidada. Le ardieron los ojos de tanto intentar seguir viendo el lugar donde había nacido, trabajado, amado a los suyos y dejado a José sin siquiera poder despedirse.

Todo fue quedando atrás. Como equipaje, una bolsa colgaba de su hombro y en sus bolsillos, las semillas de un naranjo que le había endulzado la garganta y que ella misma había plantado, y la miga de pan que había perdido la forma de corazón. Nadie hablaba. Llegaron al apeadero de un ferrocarril de trocha angosta, que atravesaría varios túneles de los que salían como de una caverna a un mundo que ninguna había visto antes, las tres tomadas de las manos en un gesto ancestral de supervivencia. Así llegaron a La Coruña, donde embarcaron sin poder saber el nombre del gran buque porque ninguna sabía leer. Recién en alta mar, Felicitas comprendió la dimensión de su separación y de su soledad, con la sensación constante que siempre estaban comenzando y nunca habrían de acabar.

Por fin, otro cielo, otras constelaciones. Su vida en Buenos Aires transcurrió como ayudante de cocina en una estancia con las ventanas abiertas a un campo interminable, zurcido con alambrados que no había visto en su tierra, donde solo se usaban algunas estacas. Sobrellevaba la pena ocupando todo su tiempo en tareas que sabía hacer, como la huerta feraz donde sembró las semillas del naranjo, que pronto germinaron. Al lugar llegaban cartas, pero ninguno de los que amaba sabía escribir. Solo quedaba sepultar lo vivido, a sabiendas de que algunos recuerdos no morirían nunca, y los recorría por las noches, acariciando entre sus dedos una miga de pan.

## El camino de Santiago

*Alberto D. Martínez*  
(Venezuela)

Mirando al sol hundirse en el golfo de Urabá, Santiago pensó en lo cerca que estaba de la puerta del infierno y sintió miedo. Atravesarla era necesario para alcanzar la tierra prometida, pero su tío Juan no se lo había dicho la mañana que lo convenció de transitar el camino que cambiaría su vida.

Era una mañana lluviosa y Santiago leía *Por quién doblan las campanas*, arrebujado en una cobija a cuadros. Las carcajadas de su tío lo sacaron de la guerra, y sin quitarse el pijama azul se dirigió a la cocina, donde lo encontró conversando con sus padres.

— Qué vida tan dura — dijo Juan con ironía.

— ¿Qué haces aquí a esta hora? — contestó Santiago sonriendo.

— Contándoles a tus viejos que me voy a Estados Unidos.

— ¿Te dieron la visa?

— No. Pero podemos volar a Ciudad de México, seguir por tierra hasta Piedras Negras y cruzar el río Bravo. Al pisar Texas solicitamos el TPS.

— ¿Podemos?

— Quiero que vengas conmigo.

Santiago buscó los ojos tristes de su madre.

— No te preocupes. Ellos vienen después, en lo que el negocio de cocinas empotradas esté marchando.

La idea de dejar el país no le era ajena. Algunos amigos habían engrosado las corrientes migratorias que desangraban al país, un primo vivía en Bogotá y el novio de su hermana era buhonero en Lima. Por otro lado, el futuro en el país no era halagador. Se había inscrito en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Central de Venezuela, donde trabajaba su padre, pero la universidad estaba postrada por falta de recursos y la deserción de profesores. Solo lo detenía el apego a su madre. Para ayudar a la familia trabajaba en *Yummy*, ganando cinco dólares por *delivery* con la Empire de 125 cc, cantidad suficiente para embolsillarse en un día lo que su papá ganaba en un mes como profesor titular. *Si me voy me olvido de la ingeniería. En Estados Unidos las universidades son costosas. A trabajar. Cualquiera cosa con tal de salir de esta opresión. Apagones, cortes de agua, inseguridad. Chavismo.* Santiago nunca había participado en manifestaciones antigubernamentales y ahora se recriminaba esa actitud pasiva, de aceptación, que lo hacía sentir culpable por la debacle del país.

El aeropuerto estaba atiborrado de caras tristes y alegres. Santiago abrazaba a sus padres esforzándose por contener las lágrimas que se mezclaban con el temor y la incertidumbre en su rostro. No sabía si volvería a verlos; no sabía si lograría entrar a México, si podría cruzar el río Bravo.

— ¡Muchacho, cambia esa cara! — dijo Juan cuando el avión se estabilizó a 33.000 pies.

— Primera vez que me separo de la vieja.

— En menos de dos años la tendrás a tu lado.

— ¿Podremos cruzar el río Bravo? Muchos se han ahogado.

— Esa pregunta me la haré cuando esté a su orilla. Ahora brindemos por *The land of the free*, — dijo Juan y pidió dos cervezas. Santiago admiraba el desenfado de su tío. *Intrépido como Robert Jordan.*

En la cola de inmigración hablaron de mariachis, tacos y tequila.

Cerca de las ventanillas el corazón de Santiago empezó a latir con intensidad. *¿Nos dejarán pasar? Qué vergüenza regresar. Juan tan tranquilo ¿Por qué coño me domina el miedo?* Le tocó el turno a la mujer que estaba delante de ellos y Santiago empezó a transpirar. Ahora los latidos amenazaban con reventar las sienes.

—Siguiente —dijo el funcionario de ojos inquisitivos.

La aventura estaba destinada al fracaso. Los pasaportes venezolanos dispararon las alarmas y bastaron un par de preguntas para que los montaran en el avión de regreso a Bogotá. Volaron ensimismados, Santiago recriminándose la falta de coraje, Juan concibiendo el plan que implementó tan pronto aterrizaron en El Dorado. Después de tres autobuses y veinte horas de carretera llegaron a Necoclí, pueblito de casas pobres a orillas del golfo de Urabá.

—Conseguí los últimos dos cupos en la lancha. Salimos en media hora —dijo Juan.

La mayoría de los pasajeros eran hombres de mediana edad, algunos acompañados por mujeres y niños. Venezolanos, cubanos y haitianos predominaban, aunque también había gente de lugares tan remotos como Yemen y Somalia. Cargaban mochilas y bolsas atiborradas con las pertenencias más valiosas. Santiago y Juan se sentaron al lado de un cubano acompañado por una niña de rizos dorados. Detrás de ellos se sentó una morena robusta, también cubana. Atestada, la lancha se adentró en el mar y en dos horas llegó a Capurganá, otro pueblo no muy diferente al anterior. Ahora estaban cerca del Tapón del Darién, una selva tropical húmeda y calurosa. La puerta del infierno.

En el muelle había tarantines abarrotados de machetes, botas de goma, carpas y otros implementos para sobrevivir en la selva. Compraron sendos pares de botas y se detuvieron en un kiosco con techo de palma a comer pescado frito con patacones.

—Leí que asaltos y violaciones son frecuentes en la selva —comentó Santiago.

—No te preocupes. Nos vamos detrás de un grupo guiado por coyotes.

— ¿Y los animales? Hay culebras, jaguares.

— Los únicos animales que atacan al hombre son los de Hollywood. Los reales no se meten contigo si no los molestas”

En las horas finales de la tarde el calor no cedía. Camino a la playa encontraron un grupo de migrantes que se dirigía a la iglesia, una precaria edificación con paredes blancas descascaradas, buscando la bendición del cura. Ellos prefirieron buscar un lugar donde pernoctar. Sin meterse en el saco de dormir, Santiago rumió con la puerta del infierno, que le producía temor y atracción a la vez. En la madrugada recogieron sus macundales y deambulando dieron con un grupo de inmigrantes al que un coyote gritaba *analé, analé*. El plan era seguirlos a través de la selva hasta llegar a Metetí, pueblo panameño situado a solo setenta kilómetros. Pero les tomaría al menos cuatro días transitar la trocha abierta a machetazos, serpenteando a través de la tupida selva y atravesando ríos y montañas escarpadas.

El grupo inició la jornada con el entusiasmo de la aventura y el temor a la selva. Muchos comentaban las maravillas de Estados Unidos, la tierra prometida, otros mencionaban los peligros de la selva, unos pocos añoraban lo que dejaron. Kilómetros más tarde el avance se ralentizó por las dificultades del camino, el peso del equipaje y la pertinaz lluvia que convirtió la trocha en lodo baboso. A media mañana la temperatura alcanzaba treinta y cinco grados, pero parecían cuarenta por efecto de la humedad. Los peregrinos caminaban en silencio, atemorizados por gruñidos, ululaciones y berridos provenientes de la espesa vegetación. En las primeras cuestas bultos y objetos pesados fueron quedando a orillas de la trocha y el grupo se alargó. Los más fuertes adelante, mientras que viejos, obesos y familias con niños se fueron rezagando. Santiago y Juan fueron rebasando a los rezagados para no alejarse de la vanguardia. A mediodía el calor era intenso, la humedad pesada y los mosquitos letales, pero lo que más mortificaba a Santiago eran las ampollas de los pies. Cesó de llover y el coyote decidió hacer una parada. Santiago comió pan con mortadela y se estaba quitando las

botas cuando el coyote empezó a gritar *analé, analé*. El temor por quedar solo en la selva sirvió de acicate para reanudar la marcha.

— ¿Cómo te sientes? ”

— Bien — contestó Santiago, sabiendo inútil quejarse por el dolor de los pies, el calor y la humedad. Tampoco quiso hablar de sus temores y prefirió imitar el estoicismo de Juan. Caminaron toda la tarde como sonámbulos, oprimidos por un manto de calor y humedad. Oscureciendo llegaron a un campamento indígena, donde pagaron cincuenta dólares por pasar la noche. Devoraban aún enlatado con galletas cuando el cubano y ricitos de oro se sentaron cerca de ellos. Santiago ofreció una galleta a la niña y quedó encantado con su sonrisa ingenua. Juan preguntó por la morena y el cubano contestó que no quería saber nada de ella. “En la isla era presidenta del Comité de Defensa de la Revolución de mi cuadra. Mi tío fue a prisión por culpa de esa mujer”. Se miraron en silencio y después de un par de bocados Santiago dijo: “Pensé que atravesar la puerta del infierno sería más peligroso”. Uno de los indios que dirigía el campamento lo escuchó y dijo: “Han tenido suerte. La semana pasada tres hombres atacaron a una familia haitiana con dos hijas adolescentes. El padre intentó impedir que las violaran y lo mataron”.

Se levantaron con el alba y después de comer emprendieron la marcha regada por lluvia intermitente que alborotó la humedad, caliente y pegajosa. Cayendo la tarde cruzaron un paraje oscurecido por la vegetación y al salir encontraron una cuesta empinada, cubierta de légamo, que la cubana revolucionaria trepaba con esfuerzo agarrándose de los matorrales. Cuando Juan pasó por su lado la mujer resbaló, pero él continuó su marcha decidida hasta la cima. Santiago la ayudó a sentarse y preguntó si se sentía bien. Ella contestó que le dolía el tobillo. Haciendo caso omiso a los gritos de Juan, Santiago sacó la botella de agua y dio de beber a la mujer. “Gracias m’ijo. Alcanza a tu amigo que ya me siento mejor”. Santiago trepó y pasó por el lado de Juan sin decir palabra.

Los sonidos de la selva anunciaban la noche cuando aparecieron dos hombres hoscos en el camino: uno alto de espaldas anchas, el otro enteco y pequeño. Juan susurró: “Están desarmados. Yo me

encargo del grande". En lo que éste demandó entregar los dólares, Juan se le abalanzó. Santiago no se movió. Ni siquiera para detener al enteco, que agarró un palo y lo partió en la cabeza de Juan, quien se desplomó en el barro. Tomaron los dólares y desaparecieron entre los arbustos. Santiago salió del marasmo y acudió al auxilio de su tío. El negro de la selva era espeso cuando avistaron el grupo acampado a la orilla del río. Santiago se quitó las botas y metió los pies en el agua para lavar las llagas. Juan lo imitó.

—Perdóname tío.

—No hay nada que perdonar —dijo Juan sin resentimiento.

El murmullo del río despertó a Santiago, que aprovechó la luz del alba para leer la impavidez de Jordan al enfrentar a la muerte. Apenas reiniciada la marcha acusó las cuchilladas en los pies sin inmutarse. *¿Qué estarán haciendo los viejos? ¿Conseguirían el captopril? Cuando esté en Tampa les mando varias cajas.* Llegaron al vado a mediodía, pero nubes espesas ocultaban el sol envolviendo la selva en una penumbra ominosa. El coyote tendió un mecate a través del río y lo amarró a los árboles. Empezó a llover y los migrantes empezaron a vadear, maniobra lenta y complicada por las piedras del lecho. La lluvia arreció, dándoles fuerza al caudal del río y a los gritos del coyote. En mitad del río el cubano se desplazaba lentamente, con ricitos de oro en el brazo derecho y la mano izquierda agarrando el mecate. De pronto se escuchó un rugido pavoroso. La niña se aferró al padre y éste al mecate, pero la corriente no tardó en arrastrarlos junto con árboles y piedras. Santiago soltó la mochila y se lanzó a la corriente turbia haciendo caso omiso a los gritos de Juan para detenerlo. Intentó nadar, pero la fuerza del agua revolcaba su cuerpo como la hoja de un árbol. A duras penas sacó la cabeza para respirar y alcanzó a ver los rizos dorados por última vez. Luchaba por mantenerse a flote y cuando podía alargaba el cuello buscando aire, que tragaba con agua. Agotadas las fuerzas, decidió dejarse llevar por la corriente. A punto de perder el sentido el río lo soltó en un meandro y pudo arrastrarse hasta la orilla. Sintió su corazón latir suavemente contra el barro.

## Lita y los olivos

*Antonio Ciancio*  
*(Argentina)*

Están parados con caras de asombro, vestidos con ropa oscura: los abuelos maternos, uno de los tíos, la madre.

Ella adelante.

Tendrá diez años, tiesa, camisa blanca, las manos a los costados, la cabeza ligeramente inclinada.

El flash le ilumina la camisa y las mejillas, brilla su pelo rubio, dos trenzas gruesas, los ojos grandes y claros, la boca firme.

El mismo gesto que la madre...tan parecidas, no se llevan bien.

Es una foto incompleta, faltan algunos: dos tíos (¿o habrá muerto ya Gabriel?), su padre que está en el futuro. Allí lo irán a buscar.

Ese presente empieza a ser pasado.

10 de junio de 1936: Pasaporte.

Con 11 años posa con su madre en la foto conjunta. Ahora la mirada es dura y desafiante, está enojada, ya no hay trenzas. Le quitaron, junto con el pelo, las mañanas en las que compartía, a escondidas, el pan antes de la escuela. Primero debía recoger, de madrugada, las olivas del camino, para que la mandra no las comiera.

El puente de fierro es una lejanía en su cabeza.

Ya no es Mariangela, solo Lita que mira el pasado que está sucediendo. Tiene un océano adelante, no conoce qué es eso, no tiene miedo, enfrenta al destino, parece saber que ahora empezarán las duras pruebas.

Entre las hojas del pasaporte hay otra foto, la de la fiesta patronal del pueblo, (¿la última?), seguramente estarán allí. Adelante, junto con la imagen va el cura, pastor de esas otras ovejas que lo siguen amparadas bajo el inconmensurable olivo de la plaza. Los comunistas por supuesto no están.

No habrá más fotos hasta el casamiento.

Allí tiene 21 años, en esos diez aquí aprendió un oficio: costurera; pelear férreamente por el salario, llevar la casa y ser madre de sus hermanos cuando los padres están en el campo.

Juntar el trigo con ellos, dormir en el surco.

18 de mayo de 1946: Casamiento.

Foto en Scheno: vestido blanco largo, alquilado.

Él ostenta el anillo en la mano izquierda, ella lo oculta detrás del ramo de flores artificiales. Miran serios a la cámara, él porque ha obtenido algo, ella tal vez pensando en lo perdido... esa mirada.

Foto de la fiesta:

Llueve, y bajo una improvisada carpa, con lonas prestadas por los paisanos quinteros, fotografía junto a los invitados, trajes domingueros negros, nudos de corbatas enormes sobre cuellos de camisas que no cierran.

Es en la casa de los padres, la suegra está seria, muy seria, ¿será porque su hijo se casa con alguien más pobre y sin dote?

Foto en Mar Chiquita, está más rellenita. Él sigue delgado, se exhibe esbelto, flexible. Delante de ella los hijos, un escudo protector a la intimidación de su cuerpo, esa noche habrá pelea por la escapada.

Una foto de otra fiesta, en la vereda, delante de la nueva casa de los suegros, faltan el hijo y el hermano del nono: el tío Shanca.

Están en la vereda de enfrente, al lado del fotógrafo. No quisieron salir, el tío porque es anarquista, el hijo porque palpaba la tensión en el ambiente.

Una foto de un cumpleaños de Lita, con sus hermanos, sus sobrinos, sus hijos, su nuera y sus nietos, él no está; está, pero no está.

Una foto sin que se dé cuenta, cose en la máquina, un rayo de luz penetra por la ventana, le ilumina el pelo, como aquella vez, ahora color cenizo.

Está absorta, pensando quizás en lo que dejó, sufriendo tal vez por lo que no consiguió. Deseando siempre volver, ver los olivos. No lo harían, él no quería.

¿Sueña mientras la Singer devora la tela? No está ahí, no se entera de que alguien le está robando ese momento donde es libre.

Pareciera que con cada puntada retrocede en el tiempo desandando las marcas de su destino.

Las manos pequeñas, ágiles, delicadas, acarician la tela, ¿habrían deseado acariciar así la piel querida?

Ahora están ella y el hijo, teje, no depende de los ojos cansados, las manos saben el camino y recorre la trama sin mirar, arriba, abajo, derecho y revés. Se equivoca, desteje.

Tejer y destejer, la esencia de la vida.

Ahora ya no es Lita, la mirada perdida, las manos con un enredo de lanas que le han dado para que se entretenga, ¿qué estará pensando tratando de desentrañar ese ovillo?, ¿qué sueño inacabado intenta completar?, ¿qué espera tejer en esa espera del fin?, ¿pensará?

Sobre la mesa de trabajo hay una pequeña caja de madera, negra, levanta la tapa, tiene una foto pegada, ella sigue rubia, los ojos intensamente celestes, todavía es la Lita.

Escribe:

Pregunta Bruno: ¿qué tierra es esta que no es la mía?

Responde María: ¿qué tierra es aquella que ya no es la nuestra?

Bruno: pero la mañana es hermosa, el aire fresco y perfumado. Confiemos María.

María: confiemos Bruno, pero allá ¿cuidarán los olivos?

— No lo sé María, ya no son nuestros

— ¡Qué tristeza Bruno... qué tristeza!

## **Certificado de matrimonio**

*Ignacio Arellano*  
(*España*)

No se fiaban. Ni de él, ni de los documentos extranjeros. Por eso, antes de que ella entrara en el país, el joven tuvo que prometer que ambos iban a contraer matrimonio. Esto era algo muy habitual. Lo hizo así para contentar a las autoridades. Aunque estaban casados desde hace dos años, ese matrimonio no les servía. Aquí insistían en que tenía que hacerse legítimamente. Y quien dice legítimamente dice bajo sus leyes, las buenas, las civilizadas. La boda tenía que contar con la aprobación de sus oficiales y efectuarse bajo los estándares de una nación moderna y eficiente. Además, con el fin de facilitar las cosas, la ceremonia se hacía inmediatamente, en el mismo barco. Así entraban casados como Dios y el César mandan. La alternativa era mucho más problemática. A las recién llegadas se las retenía en dependencias policiales hasta que el juez decidiera sobre la validez o no del certificado extranjero. Claro que generalmente su decisión era contraria a los intereses de los inmigrantes. Además, con la cantidad de gente que estaba llegando, el proceso era lento, ya que eran muy numerosos los casos que en los juzgados requerían la atención de los muy pocos jueces.

La cosa iba así. Mientras encontraban una solución mejor, el país ofrecía a todos aquellos que trajeran consigo un certificado de matrimonio extranjero la posibilidad de celebrar una boda exprés a su llegada. Mucho más difícil lo tenían los viajeros sin familia, o los solteros. Llegaban ilusionados, pero a menudo eran rechazados sin ni siquiera poder abandonar el barco en que viajaban. No se les permitía el acceso sin una oferta de trabajo o la suficiente documentación que garantizase que su presencia no iba a ser problemática y que no iban a representar un coste para el erario.

La norma general era denegar el acceso a todos los que pretendían buscar trabajo cuando no venían a establecerse con recursos de importancia o no tenían contrato.

Quienes llegaban a emplearse como domésticos, dependientes de comercio o en puestos que podían ser desempeñados por nacionales, también eran repudiados. Por lo que se refiere a las mujeres que solicitaban su entrada manifestando su intención de casarse, las autoridades tenían que ser lo más cautas posible. Como decían las notas de prensa:

*Actualmente, no solo se les exige que efectivamente contraigan matrimonio a bordo mismo de los barcos, antes de permitirles bajar a tierra, pues se han registrado casos de individuos sin escrúpulos que se prestan a enlazarse civilmente con mujeres que en realidad vienen a ejercer la prostitución. Ahora se requiere de las interesadas que exhiban, debidamente legalizados, el permiso de los padres y una constancia de buena conducta expedida por las autoridades del lugar de procedencia.*

Hay que tener en cuenta que el país atravesaba una época un poco convulsa. Había un poco de histeria con toda esta historia de los recién llegados. Por ejemplo, el jefe del Departamento de Migración acababa de presentar una memoria extensísima. En ella señalaba que el país estaba sufriendo las nefastas consecuencias de no haber corregido desde el principio la falta de restricciones, de selección y de adecuada distribución. Lo pertinente ahora era ver el medio para remediar esas consecuencias y, desde luego, depurar los contingentes inmigratorios. Había que asegurarse también de que aquellos que entraron al país con la intención de ser agricultores

lo fueran. De lo contrario, había que impulsar más repatriaciones. No se podía permitir la penosa y ruinosa competencia con nuestros compatriotas.

Él llevaba trabajando unos meses en una plantación de azúcar, en el corazón del distrito tropical. Estaba enfermo, extremadamente enflaquecido y últimamente aquejado por unas terribles fiebres. Pero aguantó. Finalmente había reunido el dinero suficiente como para mandar a su esposa y organizar el viaje. Iban a reunirse de nuevo.

Ahora sí que iban a poder empezar una nueva vida. Quizás incluso una familia, prosperar y dejar atrás la pobreza, las fiebres, los males.

Mientras tanto, a sabiendas de que la dueña iba a abandonarla, y por no esperar, ya que a los bandidos muchas veces les puede la impaciencia, asaltaron su casa. Robaron algunos de sus papeles y documentos, entre ellos el certificado de matrimonio. Como no tenía tiempo de sacar otro, en su ignorancia, a la hora de embarcarse se declaró soltera. Con ella viajaba toda una vida en una maleta. Lo poco que tenía. Pero la sensación era de alegría. Reunirse con el amor de su vida, llegar al país de las oportunidades. Todo saldría bien. Atrás quedaban el Viejo Mundo. Más allá del océano esperaba América.

El buque en el que viajaba se llamaba Aquitania. Era una especie de mercenario de los mares. No tenía ruta ni tripulación fija. Apenas pasaba tiempo en puerto, ya que, según las necesidades de la compañía, se le mandaba a uno u otro país con el fin de optimizar la flota, reducir gastos y aprovechar el tiempo. Por ejemplo, después de arribar a los Estados Unidos, estaba prevista una parada en La Habana y otra en Paraguay. Qué vendría después estaba todavía por ver.

Las corrientes hicieron su trabajo y a una velocidad inesperada el barco llegó a puerto un día antes. El oficial de entrada, con su bigote y una brillante calva escondida bajo la gorra, le preguntó por su documentación. Al ver que era soltera, sin oferta de trabajo

ni nada que demostrara su historia, no se le permitió abandonar el barco. Según lo veía él, un oficial no solo tiene que velar por la ley, también tiene la responsabilidad de resguardar la moral del país. Había visto ya a muchas como ella.

La insistencia de la joven, que no paraba de mencionar a un supuesto marido, ablandó un poco el corazón del oficial. Llamó al asistente de la oficina de inmigración que se presentó prontamente en el barco. Con la ayuda de un intérprete escucharon su caso y mandaron a buscar al esposo que, decía ella, estaba esperando en el puerto. No pudo ser encontrado. Quizás si la angustia no hubiera enturbiado los sentidos de la joven, habría recordado que el barco había llegado un día antes, un pequeño detalle. Quizás si los oficiales o el asistente hubieran estado un poco más atentos, habrían reparado ellos.

A la mañana siguiente se presentó el esposo. Afeitado, con una camisa nueva y un ramo de flores. Había cepillado bien los zapatos de su amigo, que, aunque un poco grandes para él, relucían brillantes bajo el sol. Preguntó por el Aquitania, que tenía que haber llegado ya. Un oficial de grandes bigotes, mientras se secaba el sudor de la calva con un pañuelo, señaló al mar, donde un puntito humeaba camino al horizonte

—Allí va, camino a La Habana.

## **Imagina un mundo con fronteras**

*Martín Ernesto Troncoso*  
(Argentina)

Desde las costas de Noráfrica habían llegado. Obadiah pensó lo contrario, que se habían ido. Lo sabía con certeza. No serían bienvenidos y para aumentar sus pesares, en su nación se los consideraban mal idos.

El Mediterráneo, con sus extensiones sin fronteras, siempre fue mucho más real que aquellos mojones divisorios que separan las naciones. Solo en costas y cordilleras pueden verse espacios cortados, serruchados como con la mano, tan irregulares en sus formas que resultan más reales que esas líneas punteadas de rectitud imposible que suelen verse en los mapas. Sabía que solo era eso, límites trazados por la burocracia y por fanatismos territoriales. Imaginaciones colectivas que, de tanto repetir y machacar, para la enorme mayoría ya se habían vuelto ciertas.

Escaparon en esa balsa comunitaria de condiciones precarias, soportaron hambre y frío. Pero el miedo era el enemigo más traicionero. Si te dejabas dominar por él, más valía darte por muerto. Lo sentía en carne propia cada día y, en los momentos de angustia, se dotaba de palidez esa negrura exquisita que solo suelen exhibir los marfileños.

En la barca algunos enfermos se hallaban dormidos. Su extrema debilidad podía hacerlos pasar por muertos. Eso no era lo más grave. Algunos cuerpos que parecían entregados al descanso, eran espíritus que ya se habían ido. Objetivo no logrado.

A sus treinta, Obadiah sabía que no venía a cosechar riquezas. Jamás llegaría a estrella de balompié, no podría revalidar las materias de su carrera y sus ahorros se habían volatilizado con el exilio a nombre de otro que se llamaba igual que él, pero era mucho más invisible que el hueco que con su partida provocó en familiares y amigos.

Tan solo la supervivencia, sobrevivir día a día y seguir una y otra vez atravesando fronteras. No era que pensara llegar hasta Lituania. En España detendría el carruaje de su cuerpo e intentaría alimentar esos caballos de fuerza y en la medida de lo posible, evitar que los llevaran al matadero.

2

Desembarcaron lejos del Puerto de la Rada. El Parque Natural del Estrecho le parecía una inmensa isla de fantasías y ensueños, con sus costas escarpadas y una densa vegetación lindera con las arenas a las que arribaron. Sabía que el romance sería breve y duraría hasta que llegaran las milicias. Algunos tenían prisa por huir. Él prefería esperarlos y jugar a cara o cruz su destino, de la mano y con la venia del comandante del grupo. Si los de migraciones lo consideraban un buen tipo o un gamberro, era fundamental para seguir su camino. ¿Hacia dónde? Tenía una vaga idea de llegar a Barcelona. El motivo, que sus hijos eran fanáticos de Messi e Iniesta y que allí había mejores pasares, pero tampoco estaba nada mal la capital madrileña. Sabía que su negrura sería mejor recibida en ciudades cosmopolitas que en las rutas de los labriegos. También ocurría lo mismo en su país y en todos los sitios del mundo. El racismo iba cediendo allí donde había cultura. No mucho, pero lo suficiente para dar algún respiro a aquellos que tenían el estigma de extranjeros y refugiados. No se trataba de turistas, ellos siempre eran bienvenidos y se los recibía con una sonrisa, que en el peor de los

casos solía resultar forzada como los buenos modales que exhibía el comerciante, fingiendo interés por su procedencia aunque solo tuvieran en mente los euros que le proveerían. Incluso con dinero el respeto sería breve; los prejuicios crean historias deformadas de dineros mal habidos y sórdidos personajes que seguramente habían huido de su patria porque algo habían hecho.

Puso los pies sobre la tierra. Le sobrevino un fuerte mareo. Era lo opuesto a lo esperado. Su cuerpo se había adaptado al oleaje espeso y el aire denso y salado. Era como un astronauta que pisaba con cuidado. Más bien se sentía un alien, que no significa otra cosa que extranjero.

Se recostó en la arena, como Cristo crucificado, hacia el cenit. El cansancio no le impedía levantarse pero no quería hacerlo. Mas debía. Algunos desesperados saltaron antes de tiempo y sin dudas se habrían ahogado de no haber sido por su nado y el de otros compañeros.

Una tenue espuma besó sus pies. Era un bautismo inverso. Tuvo sensaciones encontradas. Huir de los mares y no volver a verlos jamás en su maldita vida; también deseaba retornar por donde había venido y toparse en su camino con una ínsula desierta, de selvas internas generosas en alimentos y agua potable. Una tierra no reclamada por hombre alguno, que sin dudas sería su reino. No tendría ni un vasallo salvo él mismo, soberano y esclavo de un sitio signado por una soledad libre, donde el océano lo hiciera sentir tan pequeño que sería como una hormiga, negra por supuesto. No era ninguna pesadilla, al contrario, era un sueño. La grandeza solo nos ata más al suelo, nos hace más pesados y torpes, nadie sabe de un oso pardo que haya cazado una gacela.

Se zambulló y no fue necesario bracear demasiado. La mayoría estaba a escasos metros, donde cualquier bañista haría pie, mas sus músculos no respondían y corrían el riesgo de perecer a muy pocos metros de la meta. Ayudó al grupo de cuatro; al dejar al primero a salvo tan solo quedaban dos. Podía suponer que alguien más los había rescatado, pero no era así. Llegaría por la noche, cuando subiera la marea, y no habría nadie para recibirlo ni aplaudirlo por tan ardua maratón, de esas que ganan los negros que están acostumbra-

dos a correr, seguramente escapando de la ley. Al cuerpo del recién hundido no le haría mella la situación de soledad ante el inclemente anonimato de la noche. Su cuerpo alcanzaría la línea de llegada sin cumplir el objetivo. Descalificado bajo todo punto de vista. Un dejo de rebelión se alzó en su mente. Él tenía el mismo derecho que cualquiera a estar allí por la simple condición de ser viviente. Las fronteras eran una excusa decadente. Miren si el mar se iría a detener y el oleaje rebotara contra una pared invisible, discriminando qué porción de su extensión correspondía a la costa gala o germana. Eso era tema de la raza humana. Que al trazar separaciones no hace otra cosa que poner límites a su andar y confunde nuestras emociones, suponiendo que el horizonte es un lugar extraño e inasible.

La guardia fronteriza llegó al lugar. Un prefecto se acercó de buenos modos pero firme. Hablaba un castizo cerrado, pero con esfuerzo le resultó comprensible. Trasladarían al contingente a un campo de refugiados. Aquellos en mejor estado, y con papeles que permitieran establecer antecedentes, ingresarían al país tras un arduo papeleo. Los otros recibirían platos, abrigos y un lugar donde dormir, pero no hizo falta decir lo que todos ya sabían. Que estaban echados a su suerte y en la mayoría de los casos, serían echados a secas.

Una mujer habló en baulé, un idioma del oeste de su país que el buen hombre conocía a la perfección. Imploraba que alguien se hiciera cargo de su sobrino. La madre yacía sin vida a la vera del lanchón. Un suboficial le preguntó si era su hijo. Obadiah giró la vista y respondió en afirmativo. Acababa de adoptar a un niño apenas visto. Ni siquiera sabía su nombre. "Aylan" respondió el pequeño. Un silencio de recogimiento atravesó por igual al africano y al europeo. Fue entonces cuando Obadiah confirmó su teoría. Las fronteras son pura mierda, lo que existe son las culturas, los idiomas, las costumbres y por supuesto el viejo tándem del poder y el dinero, que termina estropeando todo. Lo demás son habladurías.

## Ausländer

Por Héctor Daniel Olivera Campos  
(España)

Allí estaba él, plantado como un idiota con sus dos maletas a cuestas ante la puerta cerrada del apartamento en el que en teoría le esperaba su amigo Paco. Martín pulsó el timbre por séptima vez sin conseguir más efecto que una vieja entreabriese la puerta contigua y asomase su cara de pocos amigos escupiéndole una parrafada en el más puro e ininteligible alemán.

—*Ich... spreche kein Deutsch!* —atinó a decir Martín balbuceando. “Yo no hablo alemán”, era una de las pocas frases en el idioma de Goethe que había conseguido memorizar tras hacerle caso a Paco y tomar el autocar rumbo a Múnich.

La vieja no pareció impresionarse con que el hecho de que el visitante tratase de decir algo en su idioma y siguió con su perorata incomprensible para Martín, quien tan sólo pudo identificar tres palabras: *ausländer* (extranjero), *raus* (fuera) y *Polizei*. El hombre trató de explicarse en su inglés macarrónico:

—*My friend is Paco.*

Martín oyó que la anciana volvía a repetir las palabras *raus* y *Polizei*. Aquella vieja seguro que llamaría a la policía y se organiza-

ría un pequeño y estúpido escándalo. Se imponía agarrar su equipaje y dirigirse al restaurante en el que trabajaba de camarero su amigo Paco.

Martín abandonó el inmueble y comenzó a deambular por la calle solitaria con el propósito de encontrar un taxi mientras arrastraba sus dos maletas trolley. Era de noche y nevaba. Solo a él se le podía ocurrir viajar a Alemania en pleno invierno. Circulaban escasos coches y, de vez en cuando, algún tranvía silente semivacío de pasaje, que se dirigía cimbreado y fantasmal rumbo a un destino misterioso —imposible saber a dónde con aquellos letreros rotulados en alemán—. Martín iba leyendo las inscripciones que indicaban los nombres de las calles con la esperanza de dar, aunque fuese por casualidad, con la Berlín Strasse, la calle en la que se ubicaba La Alhambra, restaurante “de ambiente español” regentado por un kosovar y en el que laboraba su amigo Paco, asturiano. Mientras transitaba por aquella ciudad de mensajes indescifrables, Martín se sentía como si hubiese aterrizado en otro planeta en el que hablaban un idioma alienígena, casi hostil. La lengua tedesca le era endiablada e incomprensible. Tras fijarse en todos los letreros con que se topó, apenas sacó en claro que *verboten* significaba “prohibido”.

La nevada arreciaba y no se avistaba ni un puñetero taxi. Martín comenzó a sentir aprensión. Las calles seguían desiertas y tan solo se adivinaban sombras de vida tras los cristales de las ventanas iluminadas de las viviendas. No veía nadie a quien preguntar por la dirección del restaurante. Además, como todos los nativos fuesen tan simpáticos como la vieja vecina de Paco, iba apañado. “¡Qué asco tener que emigrar!”, se dijo. Él, un licenciado en Derecho obligado a emigrar a Alemania para trabajar de *friegaplatos* en un restaurante de postizo tipismo español, como un machaca cualquiera. “La dama blanca tuvo la culpa de todo”, volvió el hombre a conversar consigo mismo. Su adicción a la cocaína era la culpable de que hubiese hecho un desfalco en el bufete en el que trabajaba. Condenado por apropiación indebida y falsedad documental, había logrado que el Juez le suspendiera la pena de prisión a cambio de someterse a un programa de desintoxicación, manteniendo, no obs-

tante, la pena de inhabilitación profesional. La cocaína tuvo la culpa y, también, su novia Diana; rubianca, pija de pico fino y gustos caros. Aquel fue un amor que exigía lubricarse con una chequera holgada, más ancha aún que sus ingresos ciertos e inciertos. Cuando la sentencia se hizo pública, su amada no tardó ni treinta segundos en marcharse con otro. Diana era española por los cuatro costados, como si el destino quisiera desmentir la sociología barata y racista de Martín; él, que siempre había visto a las extranjeras que se emparejaban con españoles como a unas vulgares fulanas buscavidas, se veía obligado a admitir que oportunistas e interesadas las había de todos los pasaportes.

Martín comenzaba a desesperarse, ¿es que no había taxis en aquella maldita ciudad? Tenía frío y comenzaba a embargarle una honda sensación de tristeza.

Pensó en lo difícil que era emigrar, aun sabiendo que su odisea ni siquiera había empezado. Hubo un tiempo en que él echaba pesetes de los que emigraron a España, negaba que existiese el conocido como síndrome de Ulises y le repateaba escuchar a un inmigrante quejarse; si tan mal estaban, ¿por que no volvían de una puñetera vez a su país de procedencia? Así era como pensaba. También opinaba que los inmigrantes que llegaban a España eran espabilados sin escrúpulos que robaban los puestos de trabajo a los españoles, cuando no, simplemente, delincuentes.

Martín había llevado sus ideas a la práctica y se había afiliado a un partido xenófobo bajo cuyas siglas había sido elegido concejal en las elecciones municipales de su pequeña ciudad. El suyo era un partido formado, en su base, por gente rara, boba, resentidos sociales y elementos racistas que salían del armario; mientras que la dirigencia la constituían individuos de extrema derecha podridos de dinero que manipulaban a la gente con discursos demagógicos explotando el malestar social general en favor de sus intereses privados. Martín se había desgañitado desde su escaño de regidor en demonizar a los inmigrantes, atribuyéndoles ser la causa de todos los males de su municipio y del país entero, a la par que exigía expulsiones en masa y mano dura policial. Claro que aquellos eran

otros tiempos, tiempos felices para Martín, antes de que la sentencia judicial arruinara su doble carrera profesional y política.

Cansado, aunque inquieto por la sensación de desamparo que experimentaba, Martín se sentó en el banco de un parque. Si no encontraba rápido un taxi corría el riesgo de morir congelado, la sensación de frío era cada vez más intensa. Cesó la nevada, pero la ciudad comenzó a ser invadida por la niebla.

No los vio, surgieron a su espalda, vomitados por la noche y la niebla. Un grupo de cabezas rapadas, ataviados con cazadoras verdes, pantalones y botas militares, comenzaron a interrogarle en alemán. Martín sintió el hachazo del miedo, con un tono de voz indeciso y humilde les respondió:

—*Ich.... spreche kein Deutsch.*

Comenzaron a gritarle, solo entendió dos palabras: *ausländer* y *raus*. Antes de que Martín tuviera tiempo de reaccionar, la jauría se abalanzó sobre él y comenzaron a lloverle puñetazos y patadas. El sonido de una sirena de un vehículo policial hizo huir a los atacantes. Un par de agentes llamaron a una ambulancia que lo transportó a un hospital.

A la mañana siguiente, su amigo Paco escuchaba la narración del suceso de labios del propio Martín, que se curaba de sus heridas acostado en una cama de un pabellón hospitalario. Paco le dijo que había tenido mala suerte, se había topado con una pequeña banda de neonazis que se dedicaban a cazar extranjeros, pero debía entender que aquellos sujetos que le habían propinado una paliza eran una “minoría insignificante”, para nada representativa del pueblo alemán.

—Serán insignificantes para ti. Te aseguro que para mí han sido muy significativos, me han roto tres costillas.

—Bueno, Martín, ya sabes lo que quiero decir; malnacidos racistas los hay en todas partes.

Martín suspiró antes de responder:

—Sí, es cierto, los hay en todas partes.

## Las vacas de mi abuelo

*Por Sergio Daniel Rodríguez  
(Argentina)*

Estoy en mi casa alimentando a tres vacas flacas como yo. Me las comería crudas, pero pienso que ellas me comerían a mí si no fuera que son herbívoras.

Mi tierra no está pasando por su mejor época y hay una guerra en Europa, aquí en el comienzo del siglo XX. Gran parte del pueblo vive con grandes necesidades. Los jóvenes no tienen oportunidades.

Mis padres no pueden alimentarnos a todos y temo que habrá sueños que no serán.

Sin embargo, se me infla el pecho al pensar en todos los proyectos que tengo para mi vida. Cuesta pensar con hambre a los 14 años, por eso sueño por un futuro mejor para mi familia y para mí.

Estuve en Gijón el mes pasado y mis parientes se cansaron de hablar de América y las oportunidades que hay allí para los jóvenes. De hecho, algunos de mis primos ya viajaron y cuentan maravillas. Dicen que hay paz, hay comida y todo por hacer.

Mi padre rezongaba al escuchar y negaba todo con la cabeza. Yo sentía pena y a la vez ternura por él porque sabía que, si sus hijos partían, nunca más los volvería a ver.

Cuando regresé a Lué, mi pueblo natal, ya tenía la idea fija en la cabeza y todas las noches nos quedábamos horas hablando y soñando con mis hermanos. Nos íbamos a probar suerte a Sudamérica. Estaba decidido.

Mi entusiasmo no tenía límites. Todos los días llevaba a las tres vacas a pastar y charlaba con ellas. Mientras comían, desentendidas de todo, yo les contaba de mi futuro viaje y les prometía que cuando fuese rico las iría a buscar para llevarlas conmigo.

Hicimos esfuerzos sobrehumanos para comprar los boletos para viajar.

Un día partimos con mis hermanos, Laurentino y Vicente. Deje a mis padres y a las tres vacas envueltas en lágrimas.

Cruzamos un océano de agua salada y luego en tierra otro, pero esta vez de pasto, en la gran pampa húmeda.

Soy asturiano y en la Argentina me dicen gallego, sin importar cuántas veces lo explique.

Conocí a una zamorana en Balcarce, me casé y construí con mis propias manos un almacén de ramos generales que tuve abierto setenta años en la localidad de Mechongué.

El pueblo no tenía historia, pues no había sido fundado todavía.

Tuve cinco hijos, catorce nietos y montones de bisnietos y trabajé hasta morir.

Curiosamente, toda mi vida tuve un sueño recurrente.

Me veo relatando mi historia en una máquina de escribir, pero no soy yo.

Cien años después lo hizo mi nieto mayor, que es argentino y todavía le dicen “gallego” en el pueblo.

Escribe sobre mi historia de inmigrante y sueña con viajar algún día a Asturias y conocer el pueblito de Lué, para visitar las tumbas de sus ancestros y alimentar a las tres vacas flacas que se querían comer a su abuelo.





**HOJA POR HOJA**  
**l i b r o s**

